



Circulo Español de Amigos de Europa

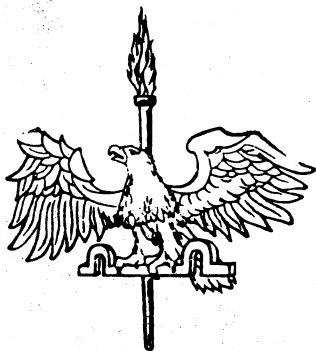
L'ÉDITE THULE

BOLETIN DE CEDADE – Apartado Correos 14.010 – Barcelona (España) – Num. 64. Nov 75

THULE NUM. 2

FRENTE CULTURAL DE CEDADE – MADRID





CEDADE

Presidente y director: Jorge MOTA
Vicepresidente: Agustín VARGAS
Administrador: Ramón BAU

BARCELONA

Locañ Social, redacción ,talleres y
administración: Calle Séneca 12, bajos.
Dorección Postal: Apartado Correos 14.010

MADRID J. Pascual
Apartado Correos 14.225

ZARAGOZA Fernando Lecina
Apartado Correos 3122

ALICANTE C. Caballero
Apartado Correos 630

CADIZ Manuel Delgado
Jose Antonio 37, Alcala del Valle.

CORDOBA Manuel Chacón
Apartado Correos 375

MURCIA José Hernansaez
Marqués de los Velez 13

SALAMANCA Carlos Galicia
Apartado Correos 582

PAMPLONA J. Gutierrez
Apartado Correos 454

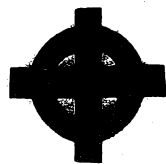
GRANADA M. Caracuel
Apartado Correos

Edita e imprime: Círculo Español de Amigos
de Europa, CEDADE.
Registro Provincial de Asociaciones, sección 1ª,
número 163 (Barcelona).
Registro Provincial de Asociaciones, número
1681 (Madrid).
Exención de Director Periodista.
D. L. B.-41146/69.

INDICE:

- Editorial
Isidro J Palacios
pag 3
- Una Cultura de Combate
CEDADE
pag 4
- Un Arte Auténtico
Marisa Cejuela
pag 5
- — El Valor de la Persona
Antonio Medrano
pag. 12
- El Marxismo
Jose Antonio Martín
pag. 29
- La Costumbre contra la
Tradicón
René Guenón
pag. 38
- El Solsticio de Invierno
von Oven
pag. 41

EDITORIAL



Para nosotros los jóvenes ,inconformistas con el Mundo que nos han entregado ,es cada vez más clara y evidente una necesaria renovación revolucionaria, positiva e integradora que edifique un Mundo totalmente nuevo, vertical y ascendente, frente a éste otro obscuro y caótico.

Debe saberse ya, desde el principio, que nuestro intento no se sumará al de tantos moviminetos que se autotitulan revolucionarios, teniendo tan solo como finalidad el mero cambio de estructuras; sino que, mas profundo,incidira en la raiz, en los fundamentos esenciales de estos siglos de hegemonía materialista. Nuestra revolución ,que ha de ser permanente, se construirá a la luz de una doctrina ,ya desconocida en el Mundo presente, entera y totalitaria, donde se hallará respuesta a todo: Arte ,Historia, Economía, Ciencia, Moral, Comunidad, Política... Una Doctrina Idealista que será capaz de edificar ,frente al signo anárquico de los tiempos modernos, la construcción resplandeciente y sólida de un Mundo disipado de tinieblas. Una doctrina que hará posible el triunfo del renacer, y sin cuyo contenido estáríamos inermes frente a la doctrina materialista hoy imperante.

Nadie debería extrañarse cuando nosotros , con diáfana visión de futuro, decimos que el Mundo actual marcha camino de la batalla final y de la que podrá surgir la victoria alada de nuestras aguilas de fuego. Dentro de poco no habrá ,como siempre, aunque mejor delimitados, más campo que el constituido por dos frentes radicalizados y esencialmente distintos: a un lado las fuerzas del caos, de la enfermedad capitalista, de la mediocre y chabacana cultura y del vicio burgués que, más pronto de lo que nos suponemos, dará paso por consecuencia natural a una forma de Materialismo más acabada: el comunismo-marxista, con juventudes dispuestas a la lucha imbuidas de fé y mística materialista, con una definición del Mundo. Del otro lado ,habrás de surgir las fuerzas portadoras del Nuevo Orden personificadas en las nuevas juventudes que sabran recoger la llama ardiente de la Verdad; con disciplina militar,austeridad y aire de combate, portando la luz de una nueva doctrina y los gérmenes de una nueva Culturaque sepa , frente a los que se afanan en conservar este Mundo mediocre, construir otro bien distinto, mucho más allá de una simple reforma de empresa o sindicato.

Revolución esencialmente renovadora y purificadora ,no conservadoracom la del comunismo, empeñado en mantener y defender, asi como propugnar, puestos y esquemas ganados en siglos de subversión materialista.

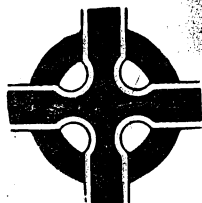
AmbOs frentes ,excluyentes, de rivalidad revolucionaria, se combatirán en todos los terrenos: en el de la acción, por la lucha y el combate, y en el de las ideas, por las doctrinas totalitarias que afirmarán cada bando, de ahí la importancia de que ninguno de estos valores falte nunca para implantar la victoria verdadera.

Por tanto, todo Movimiento que porte una nueva Verdad, habrá de ser, en cada uno de los mejores, una actitud también nueva que junto a la suprema erarquía de la serenidad se una el estilo tenso y combativo del hombre de acción, portando el contenido doctrinal preciso que sepa alcanzar hasta los detalles más insignificantes la realidad de un Mundo nuevo. Yno seguir el ejemplo de los típicos Movimientos pseudo-revolucionarios con afanes renovadores, sin profundidad y contenido, incapaces por ello de presentar verdadera batalla

al enemigo cada vez más fuerte . El Movimiento que ,frente al Mundo actual, alcance la victoria será aquel que surja con ansias totalitarias

Isidro J Palacios

1 de Mayo de 1.975



UNA CULTURA DE COMBATE

Hoy sale, gracias al trabajo de muchos camaradas, de los que escribieron los temas, los que los pasaron a máquina, los que los imprimieron, compusieron, enviaron, pagaron los materiales, etc., el THULE 2, y ya estamos preparando el número 3.

La cultura racial, espiritual y revolucionaria, debe ser difundida partiendo desde ccerro en nuestro país, donde casi nada ha sido editado. Por ello, CEDADE pensó dedicar algunos de sus Boletines a la difusión ideológica pura.

Pero que nadie vea en estos números una mera aventura especulativa, un desarrollo teórico, una torre de marfil para la "inteligencia", la separación del tema profundo o intrincado de lo popular.

Cada THULE estará más y más unido indisolublemente a la lucha revolucionaria y política, de la que esta publicación no es más que un arma especializada que pretende herir a la anticultura materialista dominante oponiéndole nuestro Nuevo Orden, un peldaño más en la consecución de una sociedad socialista donde la cultura sea patrimonio del pueblo frente a las especulaciones abstractas y materialistas de la "élite" dominante hoy día y frente a la cultura tradicional detentada por la minoría burguesa.

No es el fin primordial la edición de nuestros textos doctrinales, sino la revolución. La base, el pilar sobre el que descansa nuestra cultura, nuestro pensamiento, es la indestructible voluntad de combate, el fanatismo absoluto con el que debemos mantener cada día la lucha revolucionaria, la energía vital que sólo está escrita en los que mantienen su fidelidad al combate diario.

¡Nuestro honor se llama fidelidad!

CEDADE

Un

ARTE

Auténtico

MARISA CEJUELA

Para analizar el estilo románico, hay que remontarse a la caída del Imperio Romano, caída que arrastró consigo la desaparición del Arte que había sido tan floreciente en aquella época. El pueblo necesitaba otro arte, otro estilo, una nueva civilización que sustituyese a la anterior; pero un arte que además de ser majestuoso llevará consigo una nueva conciencia moral y espiritual que hiciese surgir un estilo nuevo y revolucionarios que nada tenía que ver con el mundo antiguo.

Esta evolución, por fuerza tenía que ser lenta. Toda revolución no se hace en dos días, sino que necesita un período de preparación que a veces supera el medio siglo, aunque, sin embargo, en la mente de sus promotores va germinando la idea y por muchos años que pasen no desvanece; al contrario, aumenta con brío para que cuando llegue el momento de salir a luz, hacerlo con fuerza y éxito. Eso pasó también en la vida de la cultura con el arte, no sólo románico, sino cualquier estilo que se ha desarrollado a lo largo de nuestra historia.

Carlomagno, consciente de la necesidad de una nueva vida, tanto política como económica, social o cultural, al levantar sobre la ruinas del Antiguo Imperio Romano su gran Imperio Europeo, se esforzó por restaurar el arte y la ciencia infundiéndolo en los restos de la antigua civilización un nuevo contenido. Pero lo intentó y no lo consiguió; a pesar de su esfuerzo no logró crear una nueva tendencia artística porque quiso fundar su arte sobre el que ya existía e introducirlo en el interior de su gran imperio, Germania. Sin embargo, en el corazón de los germanos ésto no arraigó ya que consideraban esta tendencia como algo postizo y extraño que no podía concordar con la originalidad de su temperamento. Hubieron de transcurrir casi doscientos años hasta que la semilla sembrada por Carlomagno fructificara. Fue necesario atravesar un período de luchas y de confusión, surgieron nuevos estados y el Imperio de consolidó alcanzando la brillante época de los Emperadores Sajones.

Con la extensión del cristianismo se dió a la vida una concepción absolutamente nueva y diferente a la de la antigüedad. Con ella entraron todas las naciones en una nueva civilización que sirvió de base a la época románica. De ahí que la principal característica del románico sea su profunda religiosidad.

Aunque el origen de este arte tiene su raíz en los estilos antiguos (su nombre imita el ejemplo de la lingüística de todos los idiomas que proceden del latín), no hay duda de que alcanzó su esplendor en los países del Norte, extendiéndose luego hacia los demás países sureños de Europa. No hay que olvidar que los sistemas arquitectónicos de los ostrogodos, longobardos, merovingios y sobre todo carolingios, son verdaderos precursores del auténtico románico románico, en contraposición con la teoría de algunos historiadores, según la cual el arte románico comenzó en España, pasando más tarde hacia el resto de Europa. No olvidemos tampoco que cuando el Imperio de Carlomagno germinaba ya en Europa, en España todavía existía la invasión musulmana, invasión que fue cediendo para dar paso a la época feudal, que en Europa se centró con la caída de los imperios romano, primero, y carolingio después, es decir, España con respecto al resto de Europa llevaba unos años de retraso.

La sociedad de entonces exigía un cambio íntegramente radical. Necesitaba el renacer de la seguridad espiritual, perdida desde hacía tiempo; la sensación de la conciencia y la consiguiente manifestación de un nuevo tipo de hombre que luchase y venciese, contra el mercantilismo judío de la época. Por eso, el nacimiento de la etapa románica fue un acontecimiento al mismo tiempo histórico y espiritual. Espiritual sobre todo porque el verdadero arte es el resultado de la simple aplicación de la ideología a la elaboración de la imagen.

Esta sensación no la sentía todo el pueblo; tampoco la sentían los reyes y emperadores. Comenzaron a intuirlo los sencillos monjes de Cluny; unos seres privilegiados que centraban su ideología en una nueva y total concepción del mundo. Por ello, la nueva vida comenzó a desarrollarse en los monasterios. Esos seres buscaron el espíritu tan olvidado entonces, lucharon por unos valores ocultos que ellos traslucían en el interior de los hombres y en los que nadie, sino tan sólo ellos, creían. Allí, dentro del monasterio, los objetivos ideales, salieron a la luz. Destacaron el orden, la regularidad, la honradez y la disciplina interior, frente al capitalismo medieval, práctico y comercial de la época.

Poco a poco el monasterio se fue convirtiendo en un centro de atracción religiosa, e incluso, económica y política. Despertó en el pueblo la idea de Dios sobre todas las demás, la idea de un arte en el que participara todo el pueblo, un arte espiritual, inspirado en los valores eternos, que ahogase el comercio judaizante que imperaba en aquella sociedad. Así surgió el románico, que empezó a desarrollarse en la construcción de los monasterios regidos por estos monjes, y como su parte primordial era la iglesia, y a veces estas iglesias monacales eran más grandes que las de las ciudades y atraían a muchos más fieles, el nuevo arte se fue perfeccionando en ellas.

La nueva planta de estos templos rompe totalmente con el pasado. En lugar de ser rectangular, toma forma de cruz latina, cuyo eje longitudinal seguía la dirección de occidente a oriente. La disposición se hizo de tal modo que según la anchura que tuviera la nave mayor, se señalaba un espacio cuadrado (llamado crucero), que era el centro de la construcción, delimitada por tres naves, una al norte, otra al sur y otra hacia oriente, que terminaba en un semicírculo llamado ábside, donde se situaba el altar mayor y el coro. La unión de la nave mayor y del crucero debía tener la misma amplitud y la misma altura, terminando en una cúpula sobre el crucero.

A grandes rasgos, esto es lo que caracterizaba la nueva planta, aunque al transcurrir los años fue sufriendo diversas transformaciones que consistían bien en la intersección de naves laterales a modo de capillas y coros accesorios, bien en la incorporación de torres o campanarios de planta cuadrada, aunque en alguna iglesias como la catedral de Worms, son circulares.

En cuanto al interior del templo, no se empleaban excesivamente columnas como soporte de los arcos de las naves laterales, sino también pilares y, a veces, ambas cosas alternando. Para poder expresar mejor la elevación del espíritu, se evitaron las cubiertas planas de madera y se sustituyeron por las bóvedas, primero en las naves laterales y en el coro, y después en el crucero y en la nave mayor. Los pilares quedaban unidos por medio de arcos transversales perpendiculares al eje de la nave, y el movimiento ascendente de la bóveda se continuaba con el arco fajón. Más tarde se prodece la unión de los cuadrados de la planta en sentido diagonal por arcos más débiles (nervios) que se cruzan entre sí, de ahí el nombre de crucería.

Las formas exteriores acusan el progreso realizado sobre la antigua arquitectura cristiana, sobre todo en la disposición de las torres. Aunque ayuden a contrarrestar el empuje de la bóveda de la nave mayor, no hay duda de que en

su forma se ha tenido en cuenta el principio pintoresco; las torres ascienden divididas en varios cuerpos hasta terminar en una flecha de forma octogonal.

En algunas iglesias se colocan unos pequeños contrafuertes en forma de pequeñas pilastras que se apoyan en una especie de zócalo en su parte inferior y terminan en un friso de arcos pequeños que las une entre sí a modo de cornisa. A veces, en las grandes construcciones debajo de la cornisa se abre una estrecha galería o corredor con arcos, muy frecuente en las construcciones de los países del Rin, y son de gran belleza las de las catedrales de Worms y de Spira. Los lienzos de las paredes aparecen como tableros y en ellos se abren las ventanas, relativamente pequeñas, que se ensanchan hacia el interior y están siempre coronadas por arcos de medio punto. Otro elemento importante es el rosetón, ventana circular de gran diámetro con un friso también circular, de arcos de medio punto en forma de corona y unidos por pequeñas columnas dispuestas a manera de radios y apoyadas en un lóbulo o núcleo central.

La armonía del conjunto siempre es constante y la simetría es ley fundamental en la disposición de puertas y ventanas. La puerta principal suele estar en el lado de occidente, es decir, en la fachada de la nave mayor. Es practicada en el centro del muro y termina en un arco semicircular.

Los arquitectos románicos debieron ser hombres eminentemente espirituales. Debían estar por encima del mundo y debían creer ciegamente en los valores ideales de la vida para llevar a la práctica la realización de las grandiosas obras que han perdurado a través de los años. Su concepción artística estuvo marcada por el idealismo; el espíritu prevaleció sobre el cuerpo. Así pudieron plasmar en sus realizaciones la grandeza espiritual, la pureza de línea y la fuerza necesaria para ser un verdadero arte, un arte auténtico, capaz de derrocar la pantomima que surge a veces queriendo enraizar pero sin conseguirlo.

Estos grandes artistas dieron una extraordinaria variedad de formas a los capiteles. En las regiones donde abundaban los modelos antiguos, se imitaron libremente, surgiendo así el capitel arcaizante, en el que la forma fundamental estaba cubierta de follaje. En los países puramente germánicos apareció el capitel en su forma típica (el capitel cúbico) que venía a ser el paso de la forma circular a la cuadrada del arranque de la bóveda. Los relieves de los capiteles eran tan variados, que resulta sumamente difícil encontrar dos iguales. Unos eran abiertos y en forma de caliz, y otros cerrados en forma de capullo. Sobre el capitel encontramos el ábaco, que empezó siendo decorado con motivos vegetales, pasando luego a escenas tomadas generalmente de la Biblia.

Pero el románico no es solo iglesias y monasterios. El estilo románico aunque encontró adecuada y magnífica aplicación en los claustros, salas capitulares y refectorios, se extendió también hacia los castillos y palacios de la Edad Media. Los príncipes y emperadores, que prestan al nuevo arte un carácter jerárquicamente aristocrático, imprimen también su sello en las obras de fortificación de las ciudades, puertas, torreones, e incluso en la arquitectura privada.

De todos es conocido que Europa es la madre de todas las culturas. De nuestro continente han ido partiendo a lo largo de nuestra era todos los vestigios de arte y cultura hacia los demás continentes.

Como ya hemos visto, en Europa germinó el románico, primero en el norte, apareciendo en el año 1000 las primeras muestras de este arte en Alemania, lo que se dio en llamar protorrománico, caracterizado por basílicas de cubierta plana, bóvedas de arista con anchos arcos, columnas de base ática elevada y capiteles arcaicos con hojas y forma cúbica, como en San Miguel de Hildesheim, el Monasterio de Reichenau, la Catedral de Spira, etc.

Luego vino el apogeo del románico alemán (1100-1180), en el que aparece la bóveda de crucería, pilares compuestos, basas con garras y capiteles en forma

de cáliz o cúbicos bellamente decorados, como en la Catedral de Maguncia y en la Abadía de Laach. Por último, del 1180 al 1250, en el llamado período de transición, se observan los arcos apuntados en ventanas y puertas, basas muy planas, anillos en las columnas y rosetones, claro ejemplo las Catedrales de Worms, Limburg y Bamberg.

De Alemania pasa a Francia donde se agrupa en escuelas. La de Auvernia, caracterizada por bóveda central de cañón seguido y bóvedas laterales que le sirven de contrafuertes, como las Iglesias de Notre-Dame du Port, en Clermont Ferrand; Saint Sernin en Tolosa, y la Catedral de Puy.

La escuela de Poitou con fachadas profusamente decoradas, torres cuadradas y naves laterales con bóveda de cañón seguido (Notre Dame la Grande, en Poitiers, y Santa Cruz de Burdeos). La de Périgord, caracterizada por su semejanza con el estilo bizantino (Saint Front, en Périgueux). La de Provenza, con influencia muy notable de los monumentos romanos; iglesias poco elevadas pero de amplias naves (catedrales de Avignon y de Digne, iglesia de San Trófimo, en Arlés). Por último las escuelas de Borgoña y de Normandía. La primera, enclavada en una región donde predominan las grandes abadías benedictinas, se caracteriza por iglesias precedidas de "narthex", nave cubierta de bóvedas perpendiculares al eje, empleo del arco ojival en la bóveda, naves muy altas y ventanas sobre las naves bajas, como en la iglesia de la Magdalena de Vézelay. La de Normandía presenta el empleo de madera hasta la época gótica, siendo sus características el coro tan elevado como la nave, galerías abiertas sobre los muros y torres de proporciones muy elegantes como en las Iglesias de San Esteban y de la Trinidad en Caen, y la Abadía del Mont de Saint-Michel.

En cuanto al desarrollo del románico en Italia, podemos decir que no posee el mismo interés que el alcanzado en Francia y en Alemania. En el Norte de la península italiana pueden destacarse las iglesias de San Ambrosio en Milán y San Zenón en Verona. Un poco más al centro vemos la catedral de Pisa con su baptisterio, y la iglesia de San Miniato en Florencia, todas ellas sin lograr la pureza de estilo que caracteriza al románico. A medida que nos introducimos hacia el Sur, el Arte adquiere más originalidad debido a las abundantes influencias árabes y bizantinas, observándose los interiores decorados con mosaicos policromados como en la Catedral Monreale, la capilla Palatina de Palermo y la iglesia de San Nicolás de Bari.

Llegado el románico a España, se caracteriza por su mayor sobriedad, por su tendencia a las soluciones elementales y a la sencillez decorativa. Se inicia tímidamente en Castilla y León en la primera mitad del siglo XI, el Panteón de los Reyes de León pertenece a esta época. El arco ojival comienza a emplearse en los últimos años del XII, aunque en el XIII se sigue construyendo románico puro en Segovia y en Soria. El carácter del pueblo español se adapta perfectamente al nuevo arte. El románico es un arte espiritual y el hombre español nunca ha podido desechar la espiritualidad que lleva dentro, por ello cuando este arte penetró a través del Camino de Santiago y de Cataluña, procedente de Francia, enraizó profundamente en la Península.

Ahora bien, cabe distinguir las edificaciones inmediatamente anteriores en el tiempo del románico, estilo que recibió el nombre de prerrománico. Encuadradas en este estilo tenemos las construcciones de transición con influencias del mozárabe y del visigodo, que originaron el llamado arte asturiano. San Julián de Prados, conocida también con el nombre de Iglesia de Santullano, introdujo una distribución espacial totalmente original, con una decoración mural que contribuyó notablemente a esa originalidad.

Pero el apogeo de la arquitectura asturiana se centra en las edificaciones realizadas por Ramiro I: Santa María del Naranco, que primero fue un palacio y más tarde se transformó en iglesia, y San Miguel de Lillo. En ambas se observa una concepción abierta del espacio que se dilata en todas las direcciones, con una disposición de los huecos de la luz pronunciada hacia el interior, lo que permite diferenciar este tipo de

arte asturiano del netamente románico.

Adentrándonos ya en el puramente románico, nos encontramos con que se puede agrupar en dos grandes escuelas, la comprendida en el Camino de Santiago y la que delimita la zona catalana.

El Camino de Santiago recogía las zonas castellano-leonesa, gallega e incluso navarro-aragonesa. La obra primordial de esta escuela es la Catedral de Santiago, con planta de cruz latina, tres naves y ábside de clara influencia prerrománica, capillas de planta de herradura, decoraciones en las partes altas bajo el alero, arcos lobulados en la Portada de las Platerías, etc. Según muchos historiadores, es un monumento que puede ser considerado como la concepción de una serie de innovaciones que se habían desarrollado en Francia. Su grandiosidad y su tamaño responden a las exigencias religiosas y sociales de la época. Esta Catedral sirvió de modelo para la construcción de iglesias hasta finales de la Edad Media, como las catedrales de Lugo, Tuy y Orense.

La zona leonesa está repleta de muestras del románico. De sus orígenes es San Isidoro de León, con esculturas románicas propiamente españolas, independientes de los modelos franceses, pero influenciadas por los escultores mozárabes.

En Palencia, San Martín de Frómista, que a pesar de sus constantes restauraciones, es un ejemplo de la penetración francesa. Fue fundada por la viuda de Sancho el Mayor de Navarra. Es una iglesia de gran sencillez de líneas en la que resalta sobre todo la unidad del espacio, su proyección sobre el altar y la iluminación del ábside y de la torre sobre el crucero.

Más al norte, pero también en Castilla, encontramos la Colegiata de Santillana del Mar, en Santander, con una fachada que destaca sobre las anteriores, debido a su reconstrucción posterior, por la diversidad de esculturas, así como en los capiteles del claustro y del pórtico.

Alejándonos un poco del Camino de Santiago, penetramos en una región en que el románico ha dejado clara huella de su paso por la misma. Me refiero a las provincias de Zamora y Salamanca.

Zamora puede estar orgullosa de sus edificaciones románicas. Si comenzamos por su Catedral, en la que el románico poitevino acogió acentos orientales lo que le dió más belleza, observamos que unido a su románico se encuentran otros diversos estilos, quizás debido al largo tiempo que duró su construcción. En la portada central contrastan los pilares románicos con el abovedamiento de claro goticismo. Su puerta posterior, llamada "del Obispo", presenta los aspectos románicos aparentemente desnudos. Impresiona la ausencia de relieve figurativo, carece de tímpano y las arquivoltas ofrecen una lobulación sencilla. La torre campanario es netamente románica; en cada una de sus caras, seis ventanas de doble arco colocadas a modo de triángulo invertido, tres arriba, dos y una abajo.

Destaca en esta construcción la cúpula bizantina. Una cúpula que nos recuerda que en el vértice occidental del mundo cristiano fue plasmada una de las obras arquitectónicas de la religión de oriente. Un cimborrio que nos arrastra, como si de un viento se tratase, hacia el camino espiritual del pueblo oriental.

Para comprender Zamora, hay que comprender el románico. Sus calles están cuajadas de este arte, plasmado en sus múltiples iglesias y en la mayoría de sus edificios: Santo Tomé, San Cebrián, Santiago de los Caballeros, llamado también Santiago el Viejo, donde según la tradición fue armado caballero el Cid, y donde éste tomó juramento al rey Alfonso VI de que no había tenido nada que ver con la muerte de su hermano Sancho. Santiago el Burgo, arquitectura de carácter grave y armonía de conjunto; su altar mayor se ennoblecía con una serie de finas columnas y una preciosa reja de espirales realizadas en el más puro grafismo del románico. San Esteban, que fue monasterio en sus principios y con la particularidad de un ábside cuadrado. San Isidoro, con una sola nave y ábside cuadrado. San Juan de Puerta Nueva, que después de las numerosas reformas a que ha sido sometida conserva aun su puerta meridional donde resaltan bellísimos relieves de clara escultura románica. San Vicente, aunque de

la iglesia primitiva solo le queda la más noble torre románica de Zamora. La iglesia del Santo Sepulcro, que fue fundada por monjes y perteneció después a los Caballeros del Temple. La del Espíritu Santo, donde destaca un precioso rosetón. San Claudio de Olivares que nos ofrece algunos de los más extraordinarios acentos del románico zamorano: en su interior en los arcos adosados a las paredes laterales aparecen cabezas humanas, hojas hundidas, arpías y centauros. Santa María de la Orta, que perteneció a los Caballeros Hospitalarios, conserva un altar con arquillos dentados sobre columnas dobles y presenta una notable variedad: dos portadas en su fachada meridional, una con arquivoltas sobre seis columnas y otra semioculta definida por dos arcos apuntados. La iglesia de Santa María la Nueva, que fue escenario del trágico "Motín de la trucha", conserva una puerta con arco de herradura sobre columnas cuyos capiteles representan aves y sirenas y en su interior interesantes pinturas románicas. La Magdalena, que armoniza una portada meridional y el ábside puramente románicos con algunas esculturas donde se trasluce ya el estilo gótico.

Dejando ya la capital, encontramos en casi todos sus pueblos algún vestigio románico. Por citar algunos, el monasterio de Moreruela, determinado por la doctrina austera y espiritual del Cister; la iglesia de Fuentelcarnero, la de Santa María de Tabara y sobre todo el monasterio de San Martín de Castañeda, edificado sobre los restos de otro anterior de la época visigoda. En Benavente encontramos la iglesia de Santa María de Azoque, donde el románico se une al cisterciense y San Juan del Mercado, coronado de tres ábsides. En Villalpando, una iglesia de aspecto circular, al poseer tres naves casi iguales, Santa María la Antigua, destacando la simetría de los arcos sobre sus ábsides. Y por último, otra joya de la arquitectura románica la constituye la Colegiata de Toro, que posee tres ábsides, dos de ellos prácticamente iguales, y el central con dos cuerpos, uno de arquería ciega y el superior con ventanas columnadas. La puerta del Oeste se puede comparar con el Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago.

Un poco más al Sur, ya en Salamanca, tropezamos con su catedral vieja, que posee numerosas innovaciones como el paso de la planta cuadrada a la circular conseguido con triángulos abiertos entre los arcos que sostienen la cúpula, que también, al igual que en la Catedral de Zamora, tiene clara influencia bizantina. La Iglesia de San Martín, la de San Juan, etc., aunque todas ellas han sufrido numerosas modificaciones al paso del tiempo.

Toda Castilla conserva la huella del paso del románico por sus tierras, encontrando diferencias regionales al incluir elementos que otras zonas no poseen.

Así, Burgos, Soria, Segovia y Ávila introducen las galerías porticadas que algunos historiadores creen que proceden del narthex utilizado ya por la escuela borgoñesa y que dicen que llega a Europa desde Siria. Cabe destacar la iglesia de San Miguel, en San Esteban de Gormaz (Soria), la iglesia de Rebolledo de la Torre (Burgos), la de San Vicente de Ávila, y el conjunto de iglesias que posee Segovia: San Martín, San Esteban, San Juan de los Caballeros, etc., así como la de San Salvador en Sepúlveda.

La otra entrada del románico en España se centra en Cataluña. Esta región de situación privilegiada, va a recibir el nuevo arte con influencias del francés y algunas veces, del Norte de Italia, como sucede en San Martín del Canigó (Rosellón).

La arquitectura románica catalana comienza a desarrollarse a principios del siglo XI, con San Pedro de Roda y San Vicente de Cardona, demostrando que ya existe un estilo perfectamente definido y que no necesita ningún tipo de baluceos para arraigar. La planta se transforma con la aparición de brazos de crucero y la cúpula que se eleva sobre ellos, orientando la construcción sobre la misma y conjugando con el ábside posterior y los tipos de iluminación a modo de fortaleza, como sucede en San Pedro de la Roda, edificado sobre el mar. Lo mismo ocurre con San Vicente de Cardona, erigido sobre el castillo de Cardona, que fueron posiciones estratégicas

en las fortificaciones contra la invasión musulmana. Quizá anteriores a ambos, fuese el monasterio de Ripoll, verdadera maravilla del románico, que aun conserva su pureza de línea. Posee siete ábsides y dos torres en la prolongación delantera, habiendo sido sustituidas las cubiertas de madera por bóvedas de cañón.

En seguida el románico va a extenderse por toda la región catalana incluido el Pirineo, que dará una característica nueva a esta arquitectura, lo que se ha dado en llamar también, arte pirenaico. Muestras de este desarrollo son San Cugat del Vallés (Barcelona), los monasterios de Santa María de l' Estany (Barcelona), San Benito de Bages (Barcelona); las iglesias de San Pablo del Campo (Barcelona), San Clemente y Santa María de Tahull (Lérida), y sobre todo la Catedral de Seo de Urgel, con claro espíritu italiano debido a que en su construcción intervinieron arquitectos venidos de Lombardía. Posee el estilo clásico de esta zona que le asemeja más a una fortificación que a una iglesia, con tres naves separadas por pilares, un gran ábside central y ábsides pequeños en el crucero, dentro del espesor de los muros.

El arte románico es sobrio y sencillo, pero a la vez majestuoso y ornamental. Es limpio y claro y en él se refleja el valor espiritual de las personas que en aquella época tuvieron contacto con él. Olvidaban la materia porque muere y se termina, y elevaban el espíritu y el ideal porque perdura a través de todos los siglos. Eso quisieron plasmar en su arte: la grandeza de espíritu que los animaba, buscando los valores eternos del hombre y rechazando el mercantilismo que dominaba en aquella época, dominio que no solo existía en la economía y en los eslabones de la sociedad, sino que alcanzaba también al arte, cuando el arte debe estar por encima de todo mercantilismo judío que ha ido imperando a lo largo de la historia del mundo.

Aun hoy, al contemplar un monumento románico, se olvida el cariz que está tomando el mundo actual, donde la materia prevalece por encima del espíritu, ahogándolo incluso y desgajando del ser humano esos valores que deberían arraigar en su vida como fin primordial y no desaparecer jamás, como son la dignidad, el honor, el valor y el idealismo, valores que perdurarán por encima del transcurrir del tiempo.

Por eso, los que hemos tenido la ventura de ver que hoy están desfigurando el arte, que hoy el arte está inspirado por el beneficio material que pueda reportar a los grupúsculos incapaces de sentir los valores espirituales, tenemos que luchar para enaltecer lo que verdaderamente es arte, el arte que no busca beneficio material ni lucro de ninguna clase, sino elevar el espíritu humano hacia lo divino.

Nosotros lucharemos, venceremos y enterraremos a toda esa horda judía que pretende dominar el mundo con sus embustes y con sus engaños, con el único fin de enriquecerse individualmente y aplastar a los que realmente son personas.

María Luisa Cejuela.



El Valor de la



Persona

ANTONIO MEDRANO

La personalidad es el núcleo fundamental, el punto de arranque, la base y el fin de todo orden político y social que revista caracteres de normalidad. He aquí una afirmación doctrinal y de primera importancia que en modo alguno puede estar sujeta a discusión y que ha de tener presente todo movimiento que pretenda superar la crisis del mundo actual. El concepto de personalidad, como dice Karl Anton Rohan ha de considerarse como "presupuesto de toda civilización superior" y como "supremo valor de la existencia humana". (1). Una postura revolucionaria de plena coherencia tradicional ha de partir de la afirmación de la persona y de todo lo que es de valor personal, frente a las actuales corrientes del individualismo disgregador y del colectivismo masificador y anulador. La personalidad ha de ser respetada y cultivada como la realidad suprema y profunda del hombre, como fuerza creadora primaria y como centro base del orden social. Esto entraña un fomentar, proteger y promover, frente a las tendencias despersonalizantes y estandarizadoras del mundo moderno, todo aquello que es dignidad, autonomía, cualificación y libertad personal. "La persona es insustituible", proclamaba un político europeo cuyo nombre no puede hoy día citarse imparcialmente sin caer en un general anatema y sin exponerse a graves consecuencias; ya que, añadía, "en el valor personal se encierra la dignidad de todo lo humano" (2). El bien de la persona, su realización y perfeccionamiento, su avance y progreso integral, su elevación y máximo desarrollo, es el fin de la comunidad política y de toda acción del Estado.

La misión primordial del Estado consiste precisamente en esta función anagógica, en este elevar al ser humano hacia esferas superiores del ser, proyectándole así lo sobrenatural y sobrehumano. No puede admitirse, por tanto, una concepción que pretendiera sacrificar o supeditar la realidad profunda de la persona —su dignidad y su libertad— a la sociedad o al Estado. La Sociedad e incluso el Estado, se encuentran en una relación de medios a fines con respecto a la persona, en cuanto ser espiritual, a cuyo desarrollo y proyección trascendente van orientadas su acción y su misma existencia. La sociedad se justifica por ese servir a la persona, esto es, a la realidad interna del hombre; lo cual, como más adelante veremos, va indisolublemente asociado a la afirmación de unos pilares espirituales, que son los que dan su razón de ser a toda la vida social, constituyendo la meta y el fin último de la misma. El "totalitarismo", como solución pretende aglutinar por la fuerza material un todo desintegrado y descompuesto, como un fenómeno opresivo, masificador, asfixiante, centralizador y absorbente, que anula toda espontaneidad personal en aras de la colectividad —fenómeno propio de la decadencia, que hoy se insinúa por doquier— ha de ser rechazado de raíz; pues la persona no puede en modo alguno ser considerada como un instrumento de la sociedad, no pudiendo admitirse una supeditación de la misma a los fines sociales, materialistamente entendidos. Esto no supone en modo alguno negar o socavar la realidad del Estado, sino al contrario, como en otras ocasiones hemos tenido oportunidad de precisar, señala los precisos límites en que se sitúa esta suprema realidad política en la doctrina tradicional de nuestra raza. Ni humanismo individualista, aislante y disgregador, ni estatismo opresivo y tiránico.

Es la idea proclamada por Calderón en "El Alcalde de Zalamea": "Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es del alma y el alma sólo es de Dios". Dado que el Estado aparece justificado por una realidad y un fin trascendentes, resulta inadmisibles que su poder actuara en contra de la persona, socavando y sacrificando su realidad espiritual. Puede, y en ciertas ocasiones debe, sacrificar la realidad física, material del individuo, pero nunca la naturaleza metafísica de la persona.

La primacía de lo personal es un principio que adquiere rango de constante en nuestra gran tradición ario-occidental. Todo ha de contemplarse en función de la grandeza y el progreso interno de la persona; pues ¿que sentido tendría la lucha por la libertad y la grandeza nacional, por la revolución política y social, por la afirmación del poder del Estado, por la supervivencia de la cultura, por la preservación de la pureza racial, si todo ello no fuera orientado a un mejorar y elevar el ser humano? . La unidad nacional, la potencia económica y técnica de la comunidad, la mejora de la raza, el avance de las ciencias y de las artes, no son —no pueden ser— fines en sí mismos; sino que han de servir a algo; y este algo es en última instancia, la realidad del espíritu: la construcción interna de la persona, del ser trascendente del hombre. Todo se apoya en definitiva en una concepción del ser humano, a cuya construcción y progreso espiritual sirve. Todo debe ser puesto al servicio de la persona; pues esta es la función de toda realidad terrena servir al hombre como medio y camino para su realización heroica, sobrehumana. “Todo cuanto es social —escribe Evola— entra, en la mejor de las hipótesis, en el orden de los medios, no pertenece al orden de los fines. La sociedad como ente a sé es un fetiche, una abstracción personificada; como realidad, el plano propio de la sociedad es completamente material, físico, subordinado. “Sociedad” y “colectividad” no pueden ser más que sinónimos, y si se excluye su interpretación individualista como una suma de átomos que se asocian en base a un imaginario contrato, no queda sino la idea de un substrato, frente al cual aquello que es positivo, primario y real es la persona”. Todo Estado normal ha de tener como premisa “la prioridad de la persona respecto a toda abstracta entidad social, política o jurídica”: “la perfección del hombre es el fin al cual debe subordinarse todo sano ordenamiento social y el cual debe promover en la mayor medida posible”. (2)

Mientras el desarrollo de la civilización se mide por la riqueza y avance que ha alcanzado en el terreno material y técnico, estético e intelectual, por lo bienes que en todos esos campos ha conseguido, la elevación de una cultura viene dada por las condiciones que ofrece para la perfección y desarrollo integral del ser humano, por la altura que en ella alcanza el ser de la persona, por el grado de realización personal en el sentido pleno y eminente —que fomenta y propicia dicha cultura.

Una revolución que pretenda devolver al mundo su origen ha de partir, pues, de este primado de la personalidad, haciendo de él el centro de su concepción del mundo y de su doctrina del Estado. El crear las mejores condiciones para el desarrollo de la persona; el respeto y el cultivo de todo lo que es íntima cualidad personal; el poner fin de manera radical y definitiva a la actual despersonalización y masificación: he aquí algunos objetivos a tener siempre presentes. “El camino de la Revolución —decía Billy Börgen— es el camino de la masa hacia la personalidad”. (3). La personalidad es el punto de partida; la personalidad es la meta de llegada.

De lo dicho podemos ya por lo pronto extraer —dicho sea de paso— una importante consecuencia de orden práctico con vistas a nuestro combate político y espiritual. El fin último de nuestra revolución es la realización plena, integral y dominadora de la persona. El triunfo de nuestra idea no consiste tanto en la conquista del poder (triunfo externo, que, a todo lo más, solo puede considerarse como punto de partida, como comienzo de la obra revolucionaria), como en el despertar, evocar y actualizar las más altas potencialidades en aquellos elementos humanos que sean propicios para ello (triunfo interno; del espíritu). El triunfo externo —que—, sin esta contrapartida interna, no sería a la larga, sino un fracaso— ha de darse como consecuencia de la victoria auténtica; que es el haber implantado en la vida, radiantemente, dominadoramente, con absoluta libertad, los más altos valores del universo. Al luchar, cumplimos ya el propósito, nos aproximamos ya al fin de nuestra revolución; pues en el combate, en la acción cotidiana realizamos en nosotros mismos esos valores en que creemos, hacemos que se hagan realidad en nuestro ser, que se encarnen en nuestra vida, que ésta sea inspirada por ellos. En otras palabras: desarrollamos nuestra personalidad, nuestras mejores posibilidades, lo que de más hondo y legítimo hay en nosotros. A través de las pruebas, dificultades,

sacrificios y sinsabores de nuestra lucha nos acercamos a la meta última de esa misma lucha, que no es otra sino la realización de la persona; de nuestra persona, en este caso. No desfallezcamos, pues, porque nuestros onjetivos puedan parecer lejanos e inalcanzables. En la misma acción de cada día—y esto no son simples divagaciones poéticas— los estamos ya alcanzando.

Y ha de tenerse siempre presente que, al hablar de “persona” y “personalidad”, hacemos referencia a aquello que de más valioso, profundo y auténtico existe en el ser humano; al aspecto más rico y elevado de su ser; a aquella parte del mismo que echa raíces en lo sobrenatural y eterno. La persona, como dice Jose Luis Arrese es lo “que tiene de mas esencial” el hombre (4).

EL CONCEPTO DE PERSONA

Ante todo, para evitar cualquier confusión en las posiciones defendidas por el “humanismo” o “personalismo” de tipo universalista y democrático, es necesario dejar bien sentado que ha de entenderse por persona, de acuerdo a la gran tradición de occidente estableciendo una clara distinción entre los conceptos de individuo y persona; conceptos que aparecen totalmente confundidos e identificados en el fondo de las ideologías democráticas, quedando sacrificado cuanto de riqueza hay contenido en la realidad de la persona en aras de un individualismo estéril y disgregador.

La cualidad de persona no es algo que oueda ser atribuido indiscriminadamente a todo hombre por el mero hecho de ser hombre. Este es el error fundamental de la clásica definición de Boecio, tan influida por el racionalismo de las tardías épocas del mundo greco-romano y que es generalmente aceptada por las corrientes personalistas de signo ius-naturalista, en la cual la persona aparece conceptuada como “un individuo de naturaleza racional” (*Persona proprie dicitur naturae rationalis individua substantia*). (5). “No todo individuo de cualquier naturaleza que sea—se ha escrito— es una Persona. Se llama personas solo a individuos cuya naturaleza posee una calidad más alta, que representan conscientemente un papel en la tragedia histórica y que tienen algún pensamiento, que decir”. (6). Como dice Evola, la condición de persona y todo lo que lo que a ella va unido (la dignidad, la libertad, etc) no pueden ser atribuidos a todos los hombres de un modo uniforme, sino sólo de modo relativo y SUB CONDITIONE. La realidad de la persona entraña algo mucho más exigente y selectivo que el simple ser “animal racional”; es una realidad gradual que admite muy diversos niveles. “El ser persona” no es una cualidad uniforme o uniformemente distribuida no es una dignidad igual en todos y derivante automáticamente de la simple pertenencia de un individuo a la especie ideológica “hombre”. La “dignidad de la persona humana”, con todo lo que esta implica y en torno a la cual los ius-naturalistas y liberales arman tanto alboroto es reconocida donde realmente existe, no en el primero que llegue. Y aun donde realmente existe, una tal dignidad—repitámoslo— no es juzgada igual en todos los casos. Admite diversos grados, y justicia es reconocer para cada uno de esos grados un diverso derecho, una diversa libertad”. (7).

Persona es el ser humano animado por unos valores espirituales, diferenciado por la calidad e integrado en un sistema orgánico. Se es persona en la medida en que se encarnan unos principios trascendentes y en el grado de la propia cualificación y diferenciación; todo lo cual entraña plena integración en un orden orgánico, en el que el valor de cada individuo va ligado a su función en el conjunto comunitario. La realidad espiritual que inspira la existencia individual perfila una progresiva diferenciación interna que se refleja en esa diversificación y gradación externa que son señalados por autores como Lagarde y Evola como los elementos diferenciadores de la personalidad.

Cinco elementos podemos, pues, individuar como constitutivos de eso que llamamos

“persona”:

1.— VALORES ESPIRITUALES: Normas, criterios, principios, de tipo supraindividual y sobrehumano que han de estar sólidamente afirmados en el propio ser, constituyendo su eje inspirador, y de los cuales el individuo ha de tomar la orientación y contenido de su existencia.

La cualidad de persona viene dada por los valores, ideales y principios que inspiran la propia vida. Tanto más altos sean estos; tanto más alto se estará en el nivel de lo personal. Es la norma, el estilo de existencia, la tensión interior lo que permite hablar de personalidad, con todo lo que de hondo significado tiene esta expresión (frente al simple individuo; que carece de valores superiores, de norma, de estilo, de tensión interior).

Como decía José Antonio solo se respeta la libertad y la dignidad del hombre, (8) cuando se le estima “portador de valores eternos”. Desaparecidos estos valores, se esfuma toda elevación y dignidad del ser humano, que, reduciendo su existencia a la de simple individuo, pasa a orientarse hacia lo material, hacia lo inferior, hacia lo vegetativo y sensible, cayendo incluso en lo bestial. La Persona humana, escribe Sisley Huddleston, es “vida interior”, “libertad del espíritu”; vida y libertad sin las cuales “nos convertimos (9) en brutos o robots”. Para que pueda surgir la personalidad, que no es otra cosa que “el hombre internamente poderoso” (innerlich machtige Menschen), decía Paul de Lagarde, es necesaria “una atmósfera religiosa”. Hay que educar y formar a los hombres, para hacer de ellos “caracteres”, “personas”, en lugar de limitarse a ser simples individuos; y para ello, la mirada ha de estar orientada hacia lo alto —hacia la bondad, hacia la grandeza, hacia la fuerza—, pues el carácter sólo se desarrolla “en la alegría de lo divino”. (10)

Se es persona en la medida en que la vida es regida y se halla inspirada por principios supremos, que superan los límites del tiempo y del espacio, que se hallan más allá de todo condicionamiento y que por tanto, están por encima de nuestra efímera realidad individual y de todo lo simplemente humano o social. Somos personas en tanto en cuanto nuestra vida trasciende los estrechos contornos de la propia individualidad; en la medida en que nuestra existencia aparece guiada, dominada, señoreada, por una realidad trascendente que le da contenido. Nos elevamos en la escala de lo personal en el grado en que nuestro ser sirve a algo que le supera, a algo que está “más allá”, aceptándolo y entregándonos a ello con plena espontaneidad. A través de ello el individuo se supera a sí mismo, consigue su máxima realización. El hombre, al realizar en su propio ser el contenido de esos valores que trascienden al individuo, se eleva por encima de la pura existencia individual, condicionada y ligada a lo simplemente anímico y material para proyectarse hacia esferas superiores.

Estos valores espirituales exigen el sometimiento total del individuo, llegando incluso al sacrificio de la propia existencia. Este es el criterio que ha de regir toda acción: los valores y principios son lo absoluto, frente a lo cual el yo individual es lo relativo. La lealtad y el honor pueden exigir la inmolación de la propia vida; esto es, del ser mismo del individuo. Todo lo que está ligado a la esfera de lo individual (bienestar, riquezas, sentimientos, opiniones, instintos e indicaciones, la vida física misma,...) deben estar al servicio, han de estar supeditadas al elemento espiritual al servicio de la persona. Las palabras de Pedro Crespo son claras a este respecto: “Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar...” (en el “Rey”, figura que encarna el orden tradicional en cuanto persona que se encuentra en la cúspide del poder, se concreta en este caso la realidad espiritual, de la cual el Estado no es sino una manifestación). Cuanto más se somete y sacrifica la existencia del individuo a ese elemento espiritual —elemento que participa del plano del ser y que es, por tanto, fuente de libertad y de vida— tanto más se realiza la persona. Ya que la persona es el ser humano, es su dimensión espiritual o trascendente; y se avanza en esa dimensión espiritual de acuerdo al grado de realización de aquellos valores. De ahí el significado profundamente realista que la muerte heroica adquiere en toda visión normal de la vida: la individualidad, el aspecto efímero, contingente y

material del ser humano, se destruye; pero la persona, su esencia espiritual, asciende a niveles más altos e incluso llega a realizarse de manera total y definitiva, alcanzando aquella "vida que es más que vida".

Existencia personal equivale pues a entrega, sacrificio del propio yo, apertura activa a fuerzas de lo alto. Como dice el jesuita portugués Leonel Franca, la única vía abierta a la realización total es el darse a aquella realidad de la que deriva todo enriquecimiento del ser; un darse que no sólo no destruye sino que perfecciona: "el don de sí es la realización integral del sí". (11). "La esencia de la más fuerte personalidad —escribe Richard von Kralik— no está constituida por la preocupación egocéntrica (Eigensinn), sino por la entrega a una gran idea, la abnegación, el sacrificio, la unión con la voluntad divina". (12).

Pero hay que dejar aquí bien claro que no basta con que se reconozcan "unos valores", con que existan "unos principios" cualesquiera que rijan la propia vida, sino que han de ser "los valores"; esto es, aquellos valores, aquellas normas y principios que reflejan la luz de lo alto, la realidad de lo espiritual, en toda su integridad o que con mayor fidelidad se aproximan a ello. En una palabra: todo aquello que constituye al contenido de la Tradición. Y esto es importante tenerlo en cuenta porque las expresiones que aquí usamos han quedado hoy día reducidas a algo vago y confuso, carente de un contenido preciso y que admite las más diversas tonalidades, llegando incluso a representar la antítesis de la auténtica realidad metafísica o espiritual. A menudo aquello que recibe el nombre de "valores espirituales" no pasa de ser un sucedaneo de espiritualidad o el simple fruto de las inquietudes "espiritualoides" —confusas y relativas— de una serie de individuos que carecen de toda guía auténtica. Esto es lo que ocurre en la sociedad burguesa de nuestros días, donde la expresión "valores espirituales" queda abusiva y erróneamente identificada con una nebulosa amalgama de principios humanistas y racionalistas, libertades democráticas, propiedad capitalista, sentimentalismo, progreso científico, derechos humanos, goces estéticos, fantasías literarias y especulaciones intelectuales.

Los principios de que hablamos han de ser verdaderos principios, y, como tales, han de ser claros y precisos, a la vez que profundamente realistas; no pudiendo ser en modo alguno sustituidos —fenómeno este cargado de peligrosas consecuencias— por vago ideales y sentimientos, que son siempre —mientras no se hayan orientado por un criterio superior— algo oscuro y confuso; y, en definitiva, no pasan de ser algo puramente individual. No se trata en modo alguno de ficciones, irracionales emociones o teorías, sino de profundas realidades, pues hacen referencia a aquellos aspectos más altos y valiosos de la realidad: la realidad del espíritu. Realidad que no puede ser reemplazada por sucedáneos de ningún tipo, por muy noble nos parezca.

Y en este terreno del fenómeno espiritual hay que tener continuamente presente que los valores que rigen una época determinada serán tanto más elevados, se aproximarán tanto más a la realidad suprema, cuanto con mayor pureza reflejen el contenido prístino de la Tradición. Tanto más válidos y firmes serán estos valores —y, por tanto, constituirán una base tanto más sólida para el desarrollo de las cualidades de la persona— cuanto con mayor fidelidad se mantengan, cuanto más puros sean. Y hablar de pureza —pureza racial, pureza de las normas sociales, pureza humana interior,...— es hacer referencia de un modo u otro a la plenitud e integridad de los orígenes.

Conviene subrayar, por otra parte, que cuando hablamos de "valores espirituales", esto no ha de entenderse —como suele hacerse hoy día bajo el influjo de una concepción errónea que escinde radicalmente en un sentido de oposición lo sagrado de lo profano, lo espiritual de lo material, lo trascendente de lo terreno— como algo exclusivamente limitado al campo del espíritu, con completa desvinculación de toda realidad física; sino como una realidad que encuentra una clara proyección sobre todos los planos de la existencia. Tales valores abarcan la realidad humana toda, proyectándose en última instancia sobre lo corpóreo y anímico que quedan, así, enaltecidos, adquiriendo un significado más alto. Los aspectos materiales de la realidad —y así mismo los intelectuales,

sentimentales, etc.— cobran un nuevo valor, adquiriendo la verdadera dimensión que les corresponde en un todo jerárquicamente armonizado. Lo exterior y físico, que no es sino expresión de una realidad interna más profunda, acaba haciéndose eco de la acción de esos valores (se puede hablar también en ese sentido, y con toda propiedad, de valores del cuerpo, de la sensibilidad, etc.) Las líneas internas que trazan en el hombre esas fuerzas espirituales, acaban por manifestarse en el plano exterior, configurando incluso, los perfiles externos, físicos y materiales, del ser.

De todo lo dicho, resulta ya obvio que, por mucho que la verborrea democrática se empeñe en lo contrario, clamando por los derechos del hombre y la dignidad de la persona humana, no puede haber peores condiciones para el desarrollo de esta última que las imperantes en nuestro mundo actual, donde no ya solo no tiene vigencia esa supeditación de la existencia individual a los principios y valores eternos, sino que se desconoce, no se concibe la existencia de otra cosa que no sea la propia felicidad de la persona —entendida en un sentido puramente egoísta— y la elevación del nivel material de la vida; y donde todo se mide en ingresos, salarios, confort y bienestar.

2.— DIFERENCIACION: Persona es el ser humano diferenciado mediante la cualidad, mediante una serie de atributos. El poseer una raza, el pertenecer a una nación, el estar inserto en una cultura, el ser portador de una vocación, el formar parte de una clase o estamento, el desempeñar una determinada función, son todos factores que van elevando al hombre de lo promiscuo e indiferenciado, de lo simplemente humano e individual, hacia niveles superiores, de fecunda diversidad, en los que la existencia adquiere mayor riqueza y contenido. A través de ese camino de diversificación y discriminación enriquecedora el hombre asciende en la escala de lo personal. La persona, es pues, el hombre en cuanto delimitado por la calidad —no en balde cualidad y atributo son sinónimos de calidad,— elevado del plano de lo simplemente material y cuantitativo por obra de una serie de cualidades que van conexas a su ser. Se avanza en el grado del “ser persona” en la medida de la riqueza y profundidad de la propia cualificación.

“La persona—escribe Julius Evola— es el individuo diferenciado mediante la cualidad, mediante un rostro propio o una propia naturaleza, mediante una serie de atributos que le hacen ser él mismo y lo distinguen de cualquier otro; que le hacen pues, desigual. Es el hombre en el cual las características generales (partiendo de la muy general de ser humano y posteriormente en grados sucesivos de la de ser de una determinada raza, de una determinada nación, de un determinado sexo, de un determinado grupo) asumen una forma diferenciada de expresión, articulándose, individuándose de forma varia.” (13). Estas cualidades diferenciadoras, asumen el papel de “forma” en el sentido aristotélico, frente a la “materia” que ofrece la genérica cualidad humana. Son algo así como el criterio esencial que organiza y da forma a la sustancia humana inarticulada, haciendo a cada cual ser el que es y dotándole de una naturaleza y un destino personales e intransferibles.

Se trata, como señala Evola, de un proceso de individuación o diferenciación progresiva, que va imperativamente requerido por toda forma superior de vida y por el cual el hombre va elevándose en las esferas del ser. Del mismo modo que en la naturaleza el grado de diferenciación aumenta a medida que ascendemos en la escala de los seres —desde los minerales no cristalizados, plantas, protozoos, etc., en que la diferenciación es tal que una parte puede dar lugar de nuevo al todo, hasta los seres superiores, en los que cada órgano tiene una función muy precisa e insustituible, “desigual” en el conjunto—; en el plano humano, la altura de la existencia, el grado de la realización personal se acrecienta conforme se acentúa la diferenciación cualitativa que es la que traza los perfiles de la persona. El principio jerárquico que impera en toda la Creación, donde cada ser ocupa un nivel claramente delimitado de acuerdo a la diferenciación que presenta, tiene también su manifestación en la realidad humana, donde el nivel de realización va ligado al grado de cualificación.

Hay una gradación desde el simple ser humano (perteneciente a la especie biológica "Homo Sapiens"; el "animal racional" de los filósofos), que se encuentra en el grado más infimo y menos valioso de la realidad; pasando por el hombre de una determinada raza, nación, pueblo o región, que representa ya un nivel superior; hasta llegar, por último, a la persona, como ser que se eleva por encima de lo simplemente natural y social. "La Humanidad", el hecho de ser hombre no representa, pues, el más alto valor, como pretende toda ideología humanista, ya sea de tipo laico o religioso. Lo nacional, decía Paul de Lagarde, representa un x mas valioso con respecto a lo humanitario, constituyendo la personalidad concreta un Y aún mucho más valioso con respecto a este valioso x.

Al igual que una Nación constituye algo más precioso y enriquecedor que la Humanidad, en cuanto masa indiferenciada e inarticulada esta última, cada miembro de una nación es más —es decir, debe ser mas— que simplemente nacional; más que lo que todo Nationsgenosse es como tal. "Humanidad, nacionalidad, peculiaridad de estirpe, caracter familiar, individualidad, constituyen una pirámide cuya cúspide se encuentra más próxima al cielo que su base". (14)

Esta gradación y diversificación cualitativa, que trazan los contornos de la personalidad, se proyecta en una triple dimensión: en el tiempo, en el espacio y en la intensidad. En el tiempo se presenta como el resultado de una herencia espiritual y biológica, de una tradición y una sangre, en las que se halla enraizada la existencia de la persona. En el espacio, la existencia del hombre aparece delineada por una tierra o región determinada, por un contorno racial y étnico, por un clima geográfico y cultural, por unas agrupaciones sociales con personalidad propia, etc. Y, por último, todo este patrimonio espiritual, anímico y biológico se orienta hacia el interior, actuando en intensidad y haciendo ganar al individuo en altura y profundidad. Cuando esta realidad diferenciadora se hace consciente y es plena y libremente asimilada, desarrollando todo lo que de valioso potencial contiene, se interioriza y transforma en fuerza espiritual que contribuye de modo decisivo a la realización del hombre.

Edgar J. Jung ha puesto de relieve esta función creadora de la realidad interna, que corresponde a los límites externos que configuran la existencia del hombre. "La profundización interior (innerliche Vertiefung) —afirma el citado autor— sólo puede ser conseguida a costa de la limitación externa" (...aussere Begrenztheit)". Verdad esta que tiene aquí el mismo alcance que en el terreno moral. A través del reconocimiento de los límites naturales que conforman su existencia y de los valores que los inspiran, la persona aparece integrada en "una vida superior" (ein höheres Leben), que se proyecta "verticalmente, desde el pasado hacia el porvenir, y horizontalmente, a través de la comunidad." "El supraindividualista (aquel que reconoce valores que sobrepasan al individuo) se siente temporalmente eslabón de una cadena y espacialmente parte de una vida presente que le abraza". Esta "Wurzelhaftigkeit", este arraigo, opera una auténtica "profundización de la personalidad", tanto más fuerte cuanto más firmes y hondas son las raíces. ("ausserlich begrenzt, innerlich grenzenlos" —limitado exteriormente, sin límites en el interior—, como decía Goethe). Es de este terreno de donde surgen las alturas; de su quiebra y difuminación la "Kulturlosigkeit". (15)

A la luz de todo esto, la persona se nos presenta como un ser con hondas raíces; raíces que le permiten su integración plena y armónica —en el tiempo, espacio y verticalidad— con el Cosmos. No se trata, pues, de un átomo aislado, a merced de los acontecimientos, sino de un ser integrado, en perfecta armonía consigo mismo y con el contorno en que vive, que, por esas sus raíces, se halla más allá de las vicisitudes y circunstancias accidentales que le rodean. En esta base encuentra apoyo una existencia libre—con una libertad que no es meramente formal y abstracta— de la persona; pues son esas mismas raíces, que se hunden en el tiempo y en el espacio, las que proporcionan un cimiento sólido a su existencia y le hacen superar todo condicionamiento de las circunstancias. El hombre enraizado en su tradición, en su

raza, en su pueblo, en su comunidad, no es ni será nunca un juguete a merced de los "vientos de la Historia" o de las fuerzas de la materia como lo es el "hombre" del individualismo y el democratismo modernos.

Debe tenerse siempre presente que esa diversidad múltiple y rica que caracteriza a la realidad humana es, antes que nada y en última instancia, algo interno; pues lo externo no es sino un reflejo de una realidad interna más profunda. Como afirma la doctrina Zen, "lo físico es símbolo de una más alta realidad". (16). Tras todas esas diferencias (de raza, sexo, nación, estamento, edtc.), aparentemente superficiales y accidentales, se ocultan poderosas y profundas energías; en definitiva, factores de índole espiritual y metafísico, que son las que le dan todo su significado. Se puede profundizar en esta raíz espiritual o quedarse en la superficie, despreocupándose de toda inquietud —postura, ésta última de la mayoría—: en el primer caso estamos en el camino del desarrollo integral de la persona; en el segundo nos quedamos en el campo de la potencialidad inactuada, en la actitud del hombre vulgar, incapaz de encontrar en sí la propia fuerza motriz. Se trata de penetrarse plenamente en el profundo significado de esta diferenciación radical; de ver la propia realidad, como dice Lagarde, con un "Goltgewolltes" como algo "querido por Dios", de acuerdo a la expresión de la antigua escolástica; como algo que tiene sus raíces más allá de lo meramente sensible. Hay que saber captar todo lo que de valioso tienen todos esos rasgos y atributos que configuran el ser de la persona, hacerlos propia e íntima realidad, vivíroslos en todo su enriquecedor colorido, hacer que confluyan como fuerzas convergentes hacia el propio centro. Así, se convierten en fuerzas que proyectan hacia lo alto, hacia la realización personal, en auténticos valores, realidades que son portadoras de un hondo contenido moral y espiritual.

Frente a las actuales corrientes igualitarias y niveladoras hay que tomar en cuenta todos esos factores diferenciadores, valorarlos adecuadamente y vigorizarlos al máximo, como algo esencialmente positivo y edificante, tras lo que se encierran valiosas potencialidades y altas energías. En lugar de ver tales diferencias (de raza, sexo, cultura, etc.) como algo negativo, que divide y separa, como un mal menor, que hay que procurar atenuar y eliminar en la medida de lo posible, hay que contemplarlas como un bien necesario, como un factor enriquecedor de la existencia. Así, por ejemplo, para lograr el pleno desarrollo de su persona, el hombre (ser masculino) ha de ser cada vez más hombre, potenciando al máximo su virilidad, con todas las cualidades anímicas y éticas que a ella van ligadas; y la mujer ha de ser cada vez más mujer, realizando con plenitud su feminidad, con todas las virtudes de sensibilidad, delicadeza, armonía, etc., que lleva conexas; y no, como actualmente parece ser la orientación dominante, tender a igualarse y equilibrarse los sexos, aproximándose en sus cualidades físicas, anímicas y espirituales, mediante la desvirilización y afeminamiento del hombre y la masculinización y adulteración de las cualidades femeninas de la mujer. (17). Así también, en lugar de tender a la eliminación de las barreras raciales y al desconocimiento de todo valor de raza, como pretende hacer a toda costa el anti-racismo democrático, los valores de la comunidad racial y nacional en que se ha nacido han de respetarse y cultivarse como algo esencial y principalísimo. De no hallarse nuestros contemporáneos cegados por los mitos igualitarios, es un hecho que se impondría con toda evidencia que la pérdida, descuido o depreciación de todos esos valores distintivos y diversificadores de la realidad humana, trae como consecuencia un empobrecimiento de la existencia; empobrecimiento cuyos síntomas vemos hoy por doquier. El hombre debe cultivar las virtudes de la propia raza, extrayendo de ellas la fuerza para desarrollar con plenitud su propia naturaleza; no pretendiendo ser lo que no es u olvidándose de ello, pues entonces se convierte en un ser inauténtico, vacío y sin raíces. En este sentido no puede menos de reconocerse que es superior —se encuentra en un grado más alto en la escala del "ser persona", un hombre de raza negra, miembro de uno de esos pueblos que solemos considerar despectivamente como salvajes e incivilizados, pero firmemente enraizados en su tradición y en su cultura (18), a un científico o intelectual blanco —pongo por caso—, dotado de extraordinarias dotes, con conocimientos fuera de lo normal y capaz de los más altos logros en el campo de la

investigación y la especulación; pero espiritualmente desarraigado, desvinculado de la propia comunidad y de toda tradición. En el primer caso nos encontramos con una persona; en el segundo con un simple individuo. Por el contrario, aquellos individuos de origen africano o asiático que, víctimas de las corrientes igualitarias, pretenden seguir los modelos del hombre blanco, e igualarse a los europeos, asimilando sus modos de vida, sus concepciones e ideas, etc.; e incluso llegando a instalarse de un modo definitivo en sus países con la pretensión de quedar fundido en su civilización progresista, no cometen sino un pecado de lesa despersonalización, quedando reducidos a la categoría de chusma internacional, de simples seres de raza inferior. Los resultados a escala mundial de esta enajenación o despersonalización, están a la vista de todos.

3.- BASE ORGANICA: La realidad de la persona sólo puede existir sobre una base orgánica que, por un lado, es la única que hace posible su pleno desarrollo y, por otro, viene impuesta por aquella norma espiritual, por aquellos principios tradicionales que vemos constituyen su fundamento ontológico y su savia inspiradora y vivificante. La persona es inconcebible como átomo aislado, como ser desvinculado de todo contorno jerárquico-comunitario o como unidad disuelta en un sistema mecánico. La persona, afirma Wilhelm Arp, es en su misma raíz "un ser comunitariamente integrado" (20) (ein Eingordnetes Giedwesen); se halla orgánicamente integrada en el tiempo —a través de una herencia biológico-racial y de una tradición espiritual— y en el espacio— a través de las comunidades en que se desarrolla su existencia. Frente al individuo que en su pretensión de ser un átomo suficiente a se, se transforma en una ficción y una abstracción, la personalidad —escribe Evola— "es algo orgánico; todo lo que es sangre, estirpe y tradición son sus elementos constitutivos e inseparables, de tal modo que la potenciación de estos valores no puede resultar sino fortalecida y confirmada". (19)

"El hombre —decía Vazquez de Mella— nace en un ambiente social y en él se forma". En toda sociedad tradicional el hombre "formó parte de organismos vivos que le comunicaban su savia" (21). El mismo individuo, en cuanto simple ser biológico, no puede existir independiente de toda realidad social, menos aún la persona, con toda lo que ésta exige para su plena realización. Ya Aristóteles definía al hombre como un ser social o político. Su existencia es inconcebible sin la sociedad; pues necesita de ella para su misma generación y para la satisfacción de sus más primordiales impulsos y necesidades.

Pues bien; al igual que el hombre no puede vivir sin la sociedad, la persona no puede existir sino inserta en una organización social normal. Y una organización social normal es aquella cuya estructura está regida por el principio orgánico es decir, una comunidad cuya articulación refleja el orden de un organismo, en el que cada órgano o miembro desempeña su propia función de acuerdo a su propia naturaleza y en el que el todo y las partes se hallan perfecta y armónicamente coordinadas mediante una compleja red de conexiones y autonomías. Este sistema orgánico se apoya, por un lado, en un centro espiritual que, como eje del sistema, rige el todo de un modo espontáneo y, como por otro, en la jerarquía, en la libertad funcional y el pleno desarrollo de todos los órganos que lo integran.

Todo orden orgánico se asienta sobre dos bases, íntimamente ligadas y que son consecuencia ambas del principio de diferenciación constitutivo de la persona: la jerarquía y la función. De acuerdo a esta última, dada la diversa cualificación de los integrantes del cuerpo social, a cada individuo le corresponde la realización de aquella función en el todo orgánico que es más conforme a su propia naturaleza. De aquí surge, frente a la estandarización igualitaria, una jerarquía social que viene determinada por el diverso nivel de cada persona y de cada función: cuanto más alto el nivel de realización personal y cuanto más elevada la función, tanto más alto el puesto a ocupar en la escala jerárquica de la comunidad. Y esto tanto en el plano individual como en el colectivo, tanto a amplia escala (en el macrocosmos internacional y nacional) como en el límite reducido de las agrupaciones sociales menores. No es lógico ni justo, por ejemplo, que una raza cuyo único papel ha sido el de quedar relegada al de "outcasted" de la historia, figure codo a codo, a un mismo plano de derechos y deberes con aquellas agrupaciones raciales a

las que corresponde desde tiempo inmemorial el liderazgo del mundo; como no es justo ni lógico que, en una empresa, aquél que por su capacidad, preparación y superiores cualidades ha de ocupar los más altos puestos directivos se encuentre al mismo nivel que el que no es apto sino para desempeñar las tareas menos cualificadas. Y aquí podemos apreciar de nuevo la irreconciliable posición que se plantea entre el "ideal personal" y la realidad que presenta el mundo actual, regido por la ideología mundialista y democrática. La persona es esencialmente una realidad orgánica y, como tal, su existencia es imposible en un sistema inorgánico, antijerárquico, masificado y nivelador como el actualmente imperante en nuestra época materialista. El individuo, en cuanto persona, lejos de buscar una absurda equiparación o de sentirse halagado por aquellos que le ofrecen igualarle a los que se encuentran en un nivel superior, reconoce su puesto, es consciente de sus límites; pues persona es eso: límite, forma, línea diferenciadora. El hombre que se sabe persona, que es consciente de su propia e intransferible verdad y la vive con orgullo —al nivel que esto ocurra— no pretende igualarse a nadie; sino que ama su propia realidad y su propio puesto. Y no solo esto, sino que se sentiría ofendido por la simple idea de que se le pudiera igualar a otro nivel —superior o inferior, esto en nada altera el núcleo del asunto—, pues siempre supondría un desdeñar o menospreciar su genuina realidad.

El "rango" o "grado jerárquico", afirma Othmar Spann, es "un modo necesario de las cosas y en especial de las espirituales". Al igual que el hombre y el chacal, la rosa y una brizna de hierba, el cristal y una piedra caliza no ocupan el mismo rango jerárquico en la escala de los seres, tampoco los hombres, en la esfera de su propia especie, se encuentran en un mismo nivel; pues cada cual presenta grados diversos de aproximación a la plenitud realizada del principio espiritual de la naturaleza humana. El principio de jerarquía, al hacer que cada individuo ocupe el puesto que es conforme a su propia cualificación objetiva, edifica un "universo", un cosmos, constituyendo "la garantía para la consistencia y la grandeza del mundo". "Sin una diferencia según el rango —escribe Spann—, ni el mundo ni ninguna realidad en general podría subsistir. La jerarquía es por doquier la contrapartida necesaria del principio de un ordenamiento objetivo determinado por la participación de las cosas a la plenitud del todo. El falso ideal de un igual valor y una igual santidad de los hombres, ya sea ontológica o etiológicamente, ya sea desde el punto de vista del ser o desde el punto de vista ético, carece de toda consistencia". Todo esto explica la alegría con que el inferior busca al superior y se subordina a él, respetándolo y venerándolo; no por servilismo, como hoy interpreta la podrida e insulsa conciencia de nuestra época igualitaria, sino por "un impulso hacia la afirmación de la vida y por un sincero tender a la perfección y a la elevación". Así, por ejemplo, la "altura solitaria del Dominador" no es en modo alguno envidiada sino admirada y contemplada con respeto, pues se la concibe rodeada de gloria y al mismo tiempo compenetrada con la gravedad de un destino. La doctrina de los "modos de ser", tal y como corresponde a una concepción orgánica, añade el pensador alemán, nos permite penetrar en el misterio de la vida, la historia y la naturaleza. "La igualdad es la muerte del mundo; solo la diferencia, solo el rango, es vida". (22)

Por otra parte, una articulación orgánica del todo social requiere una afirmación y potenciación de todas las comunidades naturales en que se desenvuelve la vida del hombre y que definen, por tanto, su perfil personal: la familia, el municipio, el estamento (casta o clase funcional), la empresa, la comarca o región, la etnia, la comunidad nacional, etc. Es de todas estas comunidades u organismos naturales de donde la persona extrae la savia para la plena actualización de sus potencialidades; pues cada uno de ellos aporta, en su medida, elementos diferenciadores para la construcción personal (hablamos de una ciudad, de una región o una nación con mayor o menor personalidad según la riqueza de caracteres y la cohesión interna que presenta en relación con su contorno).

Cuanto más sólidamente se encuentra afirmada la vida de todas esas comunidades

y más plenamente integrado en las mismas se encuentre el individuo, tanto más pujantemente se desarrollará todo lo que es valor, libertad y dignidad de la persona. Según Spengler, el concepto de persona aparece históricamente ligado a la existencia de la polis, aquella comunidad natural-orgánica configurada en forma de Municipio-Estado: la persona "es un cuerpo que pertenece al contenido de la polis"; es el hombre que "en su totalidad se identifica con el cuerpo del Estado" (23). Mientras el simple individuo, el ser humano que se halla encerrado en los estrechos límites de su efímera realidad individual vive desarraigado de todos estos organismos; tendiendo en el límite a ser totalmente independiente de los mismos, (cosmopolitismo internacionalista determinado por la ideología abstracta de los Derechos Humanos, que se basan en una ficción: "el Hombre") (24). La existencia de la persona es tanto más sólida —es tanto más existencia personal— cuanto más arraigada se encuentra en este todo orgánico, cuanto más integrado en él se halla el ser humano.

El conjunto comunitario aparece así como un auténtico organismo, articulado en una compleja gama de células vivientes, realidades diferenciadoras, fuerzas sociales autónomas, libertades constructivas y creadoras, sanas energías vitales y elementos de cohesión y solidez, que constituyen el mejor terreno para la afirmación y el desarrollo de la persona. En la cima de un tal sistema, todo él dominado por la idea de la personalidad y animado por esa realidad espiritual de que ya hemos hablado, se encontraría, como señala Evola, la "persona absoluta"; estos es, aquella que encarna la plenitud de existencia, que ha conseguido el más alto grado de realización. Es ella —o mejor, el grupo de hombres que en tal nivel se hallan— quien ha de personificar el supremo poder del Estado. "El ser persona—escribe el gran doctrinario italiano— representa una especie que se diferencia ulteriormente en grados, en funciones y dignidades con las cuales, por encima del plano social y por así decir, horizontal, se define verticalmente el mundo político en sus articulaciones, cuerpos, calces funcionales, corporaciones o unidades particulares, según una estructura en forma de pirámide, en el vértice de la cual deberían aparecer tipos más o menos próximos a la persona absoluta—es decir, a aquella realizada al máximo, que, como tal, representa el fin y el natural centro de gravedad de todo el conjunto". (25).

Por último, y siguiendo el orden de ideas anteriormente expuesto hay que decir que ese fenómeno orgánico encuentra expresión en el tiempo y en el espacio, en cuanto que todo organismo social respeta, fomenta y promueve la integración no solo de los organismos internos, células menores que lo constituyen, sino también de los organismos externos a él mismo semejantes, de los cuales necesita para constituir otros complejos orgánicos de más amplio alcance. En el tiempo, al hallarse orgánicamente unido, como todo ser biológico sano, al pasado y al porvenir, en una continuidad de fructífera derivación (26).

Pero todo esto no es hoy más que una utopía. La vitalidad y libertad que entraña esta realidad orgánica la cual no puede florecer sino sobre un fondo tradicional han quedado destruidas por las tendencias materialistas y mecanicistas del mundo moderno, siendo sustituidas por formas totalmente inorgánicas, desarraigadas y caóticas, que no hacen sino sembrar la disociación, el desorden, la ruina y la muerte; muerte de todo lo más noble y digno que existe en el hombre. La gigantesca y oprimiente "jungla de asfalto", el despotismo del dinero, la sociedad tecnificada y mecanizada hasta el paroxismo, el atomismo social, un conglomerado internacional sin alma y sin rostro, la sociedad de masas, las corrientes de centralización burocrática, la asfixiante y creciente intervención de los poderes públicos, la tiranía del sufragio universal, la nivelación de todo lo existente, el surgir de monstruosas organizaciones y entes administrativos anónimos,... no constituyen precisamente el clima más apto para el florecimiento de la personalidad. Todas las comunidades naturales, todos los núcleos biológicos fundamentales de la existencia social (la familia, la empresa, la nación, la raza,...), han sido desintegrados por las corrientes individualistas. Y ello, no constituye sino una lógica y natural consecuencia de la orientación fundamental de

nuestra época; pues el mundo moderno, del que son expresión en el campo político los dos polos del comunismo y de la democracia occidental, tiende por propia naturaleza, a la descomposición de todo lo orgánico. Como señalaba Guénon, lo inorgánico—concretado en los símbolos de la máquina, la masa y el dinero; símbolos precisamente del fenómeno moderno— constituye uno de los signos fundamentales del mundo surgido del individualismo burgués del renacimiento, el protestantismo y la Revolución Francesa. Los actuales problemas de contaminación del medio ambiente y de ruina de la naturaleza, que no son en el fondo sino una consecuencia de la subversión antiorgánica de los últimos tiempos, permite ya intuir en qué medida ha de hallarse adulterado el mundo interno del hombre; pues la contaminación y destrucción del ambiente, del cosmos natural externo, lleva como contrapartida una contaminación y destrucción del cosmos espiritual interno; del mismo modo que la decadencia física del hombre —fenómeno que va fatalmente ligado al proceso de ruina del medio— no es sino una manifestación de la decadencia interior.

4.- FUNCION: La realidad orgánica lleva implícita la idea de función. (27). Cada miembro del todo orgánico —individuo o grupo— ha de realizar aquella función, aquella tarea o misión, que sea más adecuada a su propia naturaleza, a su íntima realidad personal. (Tal es el principio que se encuentra en la base del sistema estamental tradicional: unos grupos humanos poseen mayor inclinación y mejores disposiciones para las tareas de gobierno o de dirección espiritual, mientras otros los poseen para el ejercicio de las armas, para la actividad comercial o el trabajo manual. (28).

Este principio funcional es consecuencia de la diferenciación interna, diferencia de cualidades, de capacidades y de vocación, que hemos visto como un factor indispensable en el proceso de edificación de la persona. El concepto de persona, va, pues, íntimamente ligado a la idea de función (función, en su doble acepción de papel social y de relación de medios a fines). (29)., no puede concebirse como algo abstracto, —“la persona humana” acariciada por los nebulosos textos demagógicos de nuestros días—; sino algo real y concreto, que es impensable sin la contrapartida de la realización de una función orgánica, de una labor creadora —del tipo o nivel que sea— que constituye el nexo de conexión e integración en el todo comunitario, dándole “su sentido”. Todo ello siempre con una proyección espiritual; pues el ejercicio de la función está presidido e inspirado por unos principios superiores, que busca trasplantar a la realidad concreta y cotidiana. En pocas palabras, como en los antiguos gremios de la Europa medieval: la propia tarea como camino hacia Dios.

La idea de persona, no es, por tanto, un concepto ocioso, neutro y etéreo, de lo que tanto gusta la especulación racionalista moderna, sino una realidad funcional, práctica, positiva y creadora, dotada de un contenido muy concreto. El hombre se realiza como persona a través de la realización —valga la redundancia, sumamente ilustrativa, por otra parte— de una función: de la función que es inherente o más adecuada a su propia naturaleza; (30) y en la medida de la entrega a esta función que tiene como sustento la propia vocación. El máximo de realización ha de atribuirse, en este sentido, a aquel que realice su obra o misión con la más total entrega, como se ejecuta una obra de arte o se lleva a cabo una gran tarea vocacional: viviéndola profundamente, con amor e incluso con espíritu heroico (ese quehacer, para llegar a ser perfecto, supone sacrificios, privaciones, trabajo duro, disciplina; una auténtica “ascesis”, que, como toda ascesis, es realizadora). No por la recompensa o la ganancia que se espere recibir, sino por un impulso interno, por amor a la propia acción se realiza la labor. He aquí el fundamento de un verdadero socialismo.

La realización de la propia misión, al tiempo que a la integración en la comunidad, conduce a una superación de la simple realidad individual; a una auto-transformación del ser humano, a una “sublimación de sus posibilidades”, como dice Guénon. “No es en cuanto que es “un individuo tal” —escribe el mencionado autor— como el artefacto produce la obra, sino en cuanto que realiza la función de orden propiamente “orgánico” y no “mecánico” (notándose aquí la diferencia fundamental con la

industriai moderna), a la cual debe identificarse en su trabajo en la medida de lo posible; y esta identificación, al mismo tiempo que constituye el medio de su propia "ascesis", señala en cierto modo la medida de su participación efectiva en la organización tradicional, ya que es por el mismo ejercicio de su profesión como es incorporado a aquella, ocupando el lugar que conviene propiamente a su naturaleza". (31).

A través de la propia función, el hombre se integra no solo en la comunidad, sino en el cosmos, al adquirir su esfuerzo una dimensión espiritual y al colaborar con su propia creación a la Creación Divina. (32). Cuando nos penetramos plenamente del significado de nuestra función, cuando nos fundimos con ella, podemos tener la conciencia clara, como decía José Antonio, de "que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que a nuestro modesto destino individual, al destino de España, y de Europa y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación. (33).

La libertad ha de entenderse ligada a esta realidad funcional, como el conjunto de condiciones que permite a cada persona realizar su función peculiar; y no como la ruptura caótica de toda barrera y de todo límite; ese dar rienda suelta a los instintos del individuo sin tener en cuenta la más mínima limitación de orden superior, que caracteriza al concepto superficial y abstracto de la libertad democrática. Libertad es poder actuar como se debe actuar; aquella serie de condiciones que nos permiten hacer lo que debemos hacer. "Libertad —afirma Spann— quiere decir hacer lo que debo; desarrollo del bien en el hombre". (34). Cada miembro de la comunidad ha de disponer de aquellos medios y condiciones de todo tipo que le permitan realizar plenamente su función. Si un hombre tiene, por ejemplo, la responsabilidad de cuidar de la salud de los miembros de la comunidad ha de tener a su disposición todo aquello —medios técnicos, instalaciones, condiciones económicas personales, contacto con el pueblo, etc.— que necesita para poder entregarse plenamente a su labor y llevarla a cabo. Si a un hombre le corresponde la misión de orientar doctrinalmente la revolución, han de ponerse a su disposición todos aquellos poderes y estructuras, así como medios y condiciones de vida, que le posibiliten la perfecta realización de su misión. No puede permitirse que quien investiga, quien crea artísticamente, quien piensa, quien se forma para rendir un servicio a la comunidad tenga que dedicar la mayor y más valiosa parte de su tiempo a ganar los medios de subsistencia. Es tan absurdo como que un hombre cuya misión es dirigir una empresa haya de poseer ostentosamente fabulosos yates, chalets, automóviles, etc., y vivir rodeado de toda clase de bienes de lujo —innecesarios para el desempeño de su función— cuando sus obreros, que participan también, a veces mucho más, en el mismo proceso de creación de riqueza, ni siquiera tienen viviendas dignas, posibilidades educativas y medios de esparcimiento. "Según el principio funcional —escribe R amiro de Maeztu—, ningún hombre o asociación de hombres podrá mantener que cosa alguna le pertenezca a títulos puramente subjetivos. Nadie tiene derecho subjetivo a nada. Ninguna clase de derechos o poderes deben ser conferidos a los hombres o a sus asociaciones, sino los necesarios para el cumplimiento de las funciones que se les hubiesen confiado. El poder y el derecho deben ser condicionados por la función. (35).

"El marxismo es la forma enunciada de la tentativa judía para abolir la importancia de la personalidad en todos los dominios de la vida humana, aplastándola bajo el peso abrumador del número".

Citas:

- 1.— A. Hitler: "Mein Kampf", München, ed. 1938, pág. 387. Por ello, "el movimiento—decía, estableciendo una norma programática para la organización política por él creada—ha de promover por todos los medios el respeto a la persona".
- 2.— J. Evola: "Gli Uomini e le rovine", Roma, 1953, págs. 49 y ss.
- 3.— B. Börger: "Gott und das Leben", Berlin, 1940, pág. 43.
- 4.— J.L. de Arrese: "El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio", Madrid, 1945, pág. 41.
- 5.— Tal es también la definición de Sto. Tomás: "Individuum rationalis naturae". (Summa Theologica, P.I. q. 29, al). Según algunos comentaristas esta "natura rationalis" ha de entenderse como una facultad espiritual más bien como la razón discursiva; pero esto no altera en esencia el enfoque de la cuestión.
- 6.— Carlos Hamilton D.: "Introducción a la filosofía social", Santiago de Chile, 1949, págs. 165 y ss.
- 7.— J. Evola: obr. cit., pág. 46.
- 8.— J. A. Primo de Rivera: Discurso fundacional de la Falange ("Obras Completas" Madrid, ed. 1945, pág. 23).
- 9.— S. Huddleston: "Le mythe de la liberté", Lyon, 1943, pág. 64.
- 10.— P. de Lagarde: "Deutsche Schriften", München, 1924, págs. 99 y ss., 110.
- 11.— Leonel Franca: "A crise do mundo moderno", Lisboa, 1945, págs. 231 y ss.
- 12.— R. von Kralik: "Die neue Staatenordnung in organischen Aufbau", Innsbruck, 1918, pág. 368.
- 13.— J. Evola: obra cit., pág. 45.
- 14.— P. de Lagarde: obr. cit., págs. 163 y ss. La idea humanitaria —el no ver otra realidad que la Humanidad, esto es, la materia humana inarticulada e indiferenciada— lleva idefectiblemente, añade Lagarde, al cultivo del homúnculo; del ser humano de ínfima categoría, sin caracter, sin fuerza interna, anulado y masificado. La Humanidad que reducida la nivel de una Homunkulität, privada de todo contenido y significado superior.
- 15.— E. J. Jung: "Die Herrschaft der Minderwertigen", Berlin, 1930, págs. 37 y ss. El afán de ruptura de todo límite, por el contrario, y del cual es expresión simbólica el mito de Ahasuero, es una pervisión o monstruosa degeneración de la tendencia innata del hombre hacia lo eterno, de la cual, al verse cercenada y oprimida por el individualismo racionalista—señala Jung—, se venga proyectándose hacia el plano de lo material y adquiriendo tintes horripilantes (de ahí toma su raíz toda esa magia de las grandes cifras, de todo lo enorme e informe, que cautiva el alma del hombre moderno y del que es paradigma y símbolo la ciudad de Nueva York).

16.— Jae Hwa Kwon: “Zen-Kunst der Selbstverteidigung”, Weilheim, 1971, pág. 18.

17.— Este fenómeno aberrante de atenuación de las diferencias que separan a los sexos, puede apreciarse claramente en ese fenómeno característico de la moderna despersonalización —la obediencia y servidumbre al “se lleva”— que es la moda. Nada resulta más significativo, aunque no sea más que un simple indicio, que la llamada moda “uni-sex”. Otro tanto podría decirse de otras modas: la manicura, el perfume, el amaneramiento entre los hombres; el fumar, las palabras malsonantes, los gestos varoniles o achulados, entre las mujeres. Todo ello con tendencia a generalizarse y ser considerado—y aquí es donde está lo más aberrante— como de “buen tono”.

18.— Se ha dado el caso de muchos hombres de esos grandes pueblos guerreros de Africa, como los Watusi o los Masai, que, tras haber obtenido un título en una universidad occidental, han abandonado los usos y vestimentas propios del mundo civilizado, despreciando sus comodidades y ventajas materiales, para volver a adoptar con orgullo, las de la propia tribu, retornando a su propio ambiente.

19.— J. Evola: “Sintesi di dottrina della razza”, Milano, 1941, págs. 16 yss. Frente a todo lo sostenido por la ideología individualista y las “supersticiones de la civilización laica y profana de las sociedades burguesas”, la realidad, añade Evola, nos muestra la existencia “de una virtud, de una nobleza y una dignidad que “no se aprenden”, sino que se poseen o no se poseen, que son insustituibles, que son precisamente dotes de estirpe, de raza, ligadas a una tradición y a fuerzas mucho más profundas que las del individuo y su abstracto intelecto. Y son exactamente estas virtudes “no construibles”, no comprables, determinantes de todo lo que es carácter, susceptibles quizá de pasar a un estado latente, pero, salvo casos excepcionales, totalmente indestructibles; son estas las virtudes que pueden verdaderamente propiciar el desarrollo de la personalidad, no sólo sobre el plano “natural” sino incluso sobre el sobrenatural”.

20.— W. Arp: “Das Bildungsideal der Ehre”, München, 1939, pág. 14.

21.— Discurso del 14 de abril de 1921 (“Textos de Doctrina Política”, Madrid 1953, pág. 191).

22.— O. Spann: “Metafísica del rango” (Diorama filosófico, págs. 254 y ss.)

23.— O. Spengler: “La decadencia de Occidente”, Madrid, 1958, T.II, pág. 75.

24.— Tal idea del “hombre” que se encuentra en la raíz del humanismo individualista moderno no pasa de ser una abstracción. De Maistre ponía de relieve, son sutil ironía, que él había visto franceses, ingleses, rusos, alemanes, italianos, pero que “el hombre” no lo había encontrado en parte alguna. “El hombre abstracto, separado de todas aquellas condiciones que determinan y concretan su personalidad; no se da en la realidad —decía Vazquez de Mella—; en la realidad se da el hombre con otras adiciones, con otras determinaciones; el hombre de un pueblo, de una región, de una clase, el hombre social, y sobre él y concretándole más, el verdadero individuo —(la persona diríamos, con arreglo a nuestra terminología), en cuanto combina elementos sociales en el molde de su propia naturaleza, produciendo aquello que tiene de más singular, el carácter, que es como la filosofía del espíritu, más indeleble aún que la de su rostro”. (Discurso 27/2/1908; obr. cit., págs. 175 y ss.) “Esa Humanidad sobre la que tanto se ha filosofado —escribe Houston Stewart Chamberlain— padece de un grave defecto, a saber; que no existe. La naturaleza y la historia nos

presenta un gran número de hombres diversos, pero no una Humanidad". (Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts, München, 1932, T. II, pág. 780).

25.— J. Evola: "Gli Uomini", pág. 50.

26.— La Comunidad nacional, como totalidad orgánica, decía con su lenguaje certero Cornelio Codreanu, no abarca sólo a los que la constituyen en el momento presente, sino a todos los que vivieron y vivirán en el seno de la misma; la nación es una "entidad histórica que vive más allá de los siglos, con las raíces agarradas en la noche de los tiempos y con un problema infinito ante sus ojos". (C. Codreanu, "Guardia de Hierro", Madrid, 1940, págs. 366 y ss.). "Pueblo no es solo lo que vive en este instante —dice Willi Börger—. Pueblo es pasado, presente y futuro. Pueblo son nuestros muertos, los que viven y los que vendrán. Todo es pueblo. Todo es patria". (Obr. cit. pág. 29).

27.— En su obra "La crisis del Humanismo", publicada originalmente en inglés bajo el título más expresivo respecto a lo que aquí tratamos, de "Authority, Liberty and Function in the light of the War" (Londres, 1916), Ramiro de Maeztu desarrolla el tema de la función como base de una reorganización de la sociedad.

28.— La sociedad antigua se apoya en "una concepción organicista de la vida social, concepción biológica, según la cual la diferenciación de funciones constituye el buen orden indispensable", escribe el profesor Vicente Palacio Atard. "Así como el corazón tiene un papel específico y el estómago otro, y la anomalía consistiría en que el corazón se pusiera a digerir alimentos o el estómago a propulsar la sangre en el sistema circulatorio, así también para la buena marcha de la sociedad conviene que algunos grupos se dediquen a las tareas directivas, otros al trabajo manual, etc." (Fin de la sociedad española del antiguo régimen, Madrid, 1961, pág. 14) "El Estado cristiano ideal —afirma el Rev. E. Cahill— puede ser comparado en cierto modo al organismo del cuerpo viviente. Cada parte de éste, cada órgano, cada nervio y cada músculo tiene su función peculiar en la tarea de suministrar mantenimiento y desarrollo al cuerpo en su totalidad, el cual a su vez, a partir de las reservas vitales contribuye con todo lo que cada órgano o parte requiere para su manutención y acción saludable. No hay dos partes que tengan exactamente la misma función, ni hay dos órganos que requieran un igual consumo de energía vital para su sustento. Cada parte contribuye de acuerdo a su naturaleza y capacidad al mantenimiento de la vitalidad corporal, y cada una recibe abastecimiento de sangre y energía vital en proporción a sus necesidades". Igual ocurre en la comunidad humana, donde los órganos u elementos "son los diferentes individuos, familias y unidades cívicas mayores que la componen". (Rev. E. Cahill: "The Framework of a Christian State", Dublin, 1932, pág. 279.)

29.— Se impone una clara conciencia de lo que es medio y lo que es fin en toda la existencia humana, para que, así, cada cosa encuentre su orden; y el hombre el suyo.

30.— "Más vale para uno su propia ley de acción, aun cuando sea imperfecta, que la ley ajena, aun cuando sea bien aplicada. Más vale morir en la propia ley; es peligroso seguir la ley ajena", proclama el Bhagavad-Gita (III, 35). Y en el mismo sentido se expresa el Manava-Dharma-Shastra: "más vale cumplir con las propias funciones de una manera defectuosa que realizar perfectamente las de otro; ya que aquel que vive ejecutando los deberes de otra casta pierde sobre el terreno la suya". (X, 97). Para mejor comprend estos textos, hay que aclarar que la casta, expresión hindú de este principio funcional, es la "ley" (dharma) que rige una determinada categoría de hombres en conformidad con sus cualificaciones". (Frithjot Schuon: "The Language of the Self", Madras, 1959, pág.

172).

31.— R. Guénon: "Le regne de la quantité et le signe des temps", Paris, 1970, págs. 91 y ss.

32.— En la antigua China, a través de la "disciplina ritual" de "LI", una de las virtudes fundamentales de la filosofía You que liga al individuo con los padres, con el soberano, con la comunidad y con el cosmos, se perdía el yo individual, para transformarse en un "yo litúrgico" más elevado (auténtica realización personal, ascenso a la categoría de persona), que aceptaba "con reconocimiento su puesto en el cosmos y en la historia". (Thomas Merton: Zen, Tao et Nirvana", Paris, 1970, págs. 152 y ss.)

33.— J. A. Primo de Rivera: "Obras completas", pág. 71.

34.— O. Spann: "Philosophische Gesamtwerk...", pág. 283.

35.— R. de Maeztu: "La crisis del Humanismo", Madrid, 1945, pág. 273.



EL MARXISMO

JOSE A. MARTIN

El marxismo no es un mero sistema económico en evolución, más o menos constante, que pretende dar soluciones a una serie de crisis ocasionadas por la sociedad capitalista liberal, ambiente en que vivieron Marx y Engels. El Marxismo, por el contrario, va mucho más lejos. Es una ideología totalitaria, entendida en el sentido que responde a todas las preguntas que podamos hacernos y abarca a todas las esferas del ser humano: es una nueva concepción del mundo.

Según Lenin afirma, "Marx es el continuador y consumidor genial de las tres grandes corrientes espirituales del siglo XIX, que tuvieron por cuna a los tres países más avanzados de la humanidad: la filosofía clásica alemana, la economía clásica inglesa y el socialismo francés unido a las doctrinas revolucionarias francesas en general." Como vemos, antes de seguir adelante, hemos de estudiar un poco por encima, los elementos influyentes en el pensamiento de Marx y Engels.

FILOSOFIA CLASICA ALEMANA.— Dos son los filósofos que más influyeron en el pensamiento de C. Marx y Engels: Hegel y Feuerbach.

La dialéctica hegeliana supone para el Marxismo la mayor adquisición de la filosofía clásica alemana. Para Hegel, las dos únicas realidades concretas del Universo: naturaleza y espíritu, únicamente son manifestaciones subjetivas de la "Idea", la cual les es immanente. Por tanto, naturaleza y espíritu no son simples emanaciones de la "Idea", sino que son ella misma. Esta "Idea" es la que origina el Universo y no se encuentra estática, inmóvil, sino que es dinámica y evoluciona dando origen a las mutaciones de los seres, al constante devenir del Universo. Ahora bien, esta evolución de la "Idea" no es casual, sino que la evolución se hace de acuerdo con la ley que regula el desarrollo de la razón ya que ésta determina el movimiento de la materia. Esta ley o proceso dialéctico es el siguiente: una idea al ser negada crea la contraria y de la negación de esta surge una nueva: tesis, antítesis y síntesis. Este proceso constituye el movimiento lógico de las ideas y de las cosas en el presupuesto hegeliano.

Por otro lado, al ser todo lo racional, real y todo lo real, racional ("Todo lo que ocurre queda justificado porque ocurre"), y al estar el espíritu y la materia siempre en constante cambio, cualquier proceso, en un momento determinado, es racional como el anterior o el que le sigue, con lo cual no hay ninguna distinción lógica entre lo que ES y lo que DEBE SER, siendo inaceptable cualquier ley moral o de conducta social.

Otro de los filósofos que influyeron en Marx y Engels, fue Ludwig Feuerbach. Su doctrina es esencialmente materialista: "La única realidad es la realidad es la materia, el mundo de las sensaciones". Para Feuerbach, el hombre es la realidad total y única, colocándole como el centro, la fuerza motriz, de la Ciencia Universal, es decir, un ser por encima de Dios, un superdios." "Los dioses—afirma— son simples creaciones de la

imaginación humana", es decir, el hombre crea una imagen de Dios a su imagen y semejanza, y al ser lo humano lo divino, personifica en la divinidad los mejores sentimientos humanos. "Sólo el hombre pobre tiene un Dios rico: Dios nace del sentimiento de una necesidad", por lo tanto, la teología, la ciencia que estudia a Dios, ha de sustituirse por la antropología, la ciencia relativa al hombre. Por último, según Feuerbach, la moral tiene su base en relaciones de sentimientos humanos y como consecuencia la fe en Dios, empobrece y empequeñece al hombre. Toda fe religiosa debe eliminarse".

ECONOMIA LIBERAL CLASICA.— Como principales exponentes de la ideología capitalista en el terreno económico, influyentes en Marx, caben citar a David Ricardo, Adam Smith y Stuart Mill.

Para Smith, la única fuente de riqueza es el trabajo. Sienta el valor de cambio de las cosas, principalmente, en el trabajo que cuesta su fabricación, repartiéndose dicho valor entre el obrero que percibe su salario, calculado de manera que apenas baste para su manutención y el capitalista que recibe la diferencia del valor creado, puesto que pone al alcance del trabajador los medios e instrumentos de producción.

Stuart Mill, proclama, entre otras cosas, la mínima propiedad y la intervención del Estado en la economía nacional.

Para acabar, David Ricardo, defiende el mercantilismo capitalista, los negocios por encima de todas las cosas, y el interés financiero como el fin último del hombre y como su verdadero bien.

SOCIALISMO FRANCES.— Si bien, los llamados "socialistas utópicos" (Carlos Fourier, Saint-Simon, Luis Blanc, etc.) tuvieron una pequeña influencia en Marx, con las teorías de una sociedad ideal en la que se llevara a cabo la justicia social, para éste, los ideales de justicia, libertad y concepciones religiosas, filosóficas, etc, son meros espejismos determinados por el grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción, dejaremos aparte las doctrinas de estos socialistas para adentrarnos de lleno en la Ideología marxista.

Para la mejor comprensión de la ideología marxista, el presente trabajo lo dividiré en tres partes, a saber: materialismo (1) dialéctico, Materialismo histórico (2) y Sociedad Comunista (3), apoyándome en textos marxistas.

MATERIALISMO DIALECTICO.— Constituye el materialismo dialéctico la metafísica o filosofía primera del Marxismo. Afirma que la materia es el único elemento integrante del Universo, originándose todos los seres, incluido el hombre, del resultado o de la perpetua evolución autodinámica y progresiva de la misma, sujeta a la ley que regula el desarrollo de la razón y que ésta determina el movimiento de la materia, como vimos anteriormente, es decir, la materia evoluciona dialécticamente. "Para la filosofía dialéctica no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía". (Engels). Así pues, la dialéctica, es, según Marx, "la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del mundo exterior como el del pensamiento humano".

Ahora bien, al estudiar la materia, según el marxismo, como único elemento integrante del Universo vemos que tiene una serie de propiedades, que son:

El movimiento. La materia es dinámica, no estática, ya que lleva en sí misma la fuente u origen del movimiento. "el elemento primario del Universo es la materia en estado de movimiento".

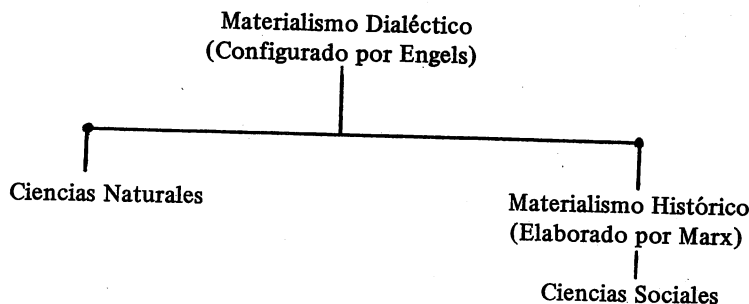
La infinitud. La materia es infinita en el tiempo, porque es eterna, proclama el movimiento perenne de la materia, en el espacio, (al ser ilimitada), y en la intensidad, puesto que nunca podemos llegar al fondo de la misma.

Al proclamar el marxismo el autodinamismo de la materia, es decir, el movimiento espontáneo de la misma, significa que la materia se determinó al movimiento por sí sola desde sus orígenes, lo cual es absurdo, lo mismo que el afirmar que, si la materia es el único elemento integrante del Universo, lleve en su seno un principio sustancial que le impide conservarse en determinado estado y otro opuesto que le impulsa a destruirse y a transformar su propia esencia en otra distinta, pues ya dejaría de ser ese "Único elemento" y pasaría a ser otro pero de diferente esencia, ya que esta materia evoluciona según el marxismo, de acuerdo a tres leyes:

La contradicción, que es el origen del movimiento. "El mundo evoluciona negándose y al negarse progresa".

El principio de la doble negación, puesto que evoluciona, pero negándose dos veces. "Es un desarrollo que parece repetir las etapas ya recorridas pero de otro modo, sobre una base más alta (La negación de la negación)." (Lenin).

La transformación de la cantidad en calidad. "Desarrollo que no discurre en línea recta, sino en espiral, por decirlo así; un desarrollo a saltos, a través de catástrofes y revoluciones, que son otras tantas "interrupciones en el proceso gradual", otras tantas transformaciones de la cantidad en calidad, impulsos internos del desarrollo originados por la contradicción..." (Lenin).



MATERIALISMO HISTÓRICO.— Según Marx, el materialismo histórico "es la consecuente aplicación y extensión del materialismo (dialéctico) al campo de los fenómenos sociales, es decir, el camino para el estudio científico de la historia concebida como un proceso único regido por leyes, pese a toda su imponente complejidad y a todo su carácter contradictorio." Constituye la filosofía segunda del marxismo; es una ciencia. Y todas las teorías que atente en contra de esta ciencia son falsas, pues, al no estar sometidas a las leyes de la dialéctica, carecen de rigor científico.

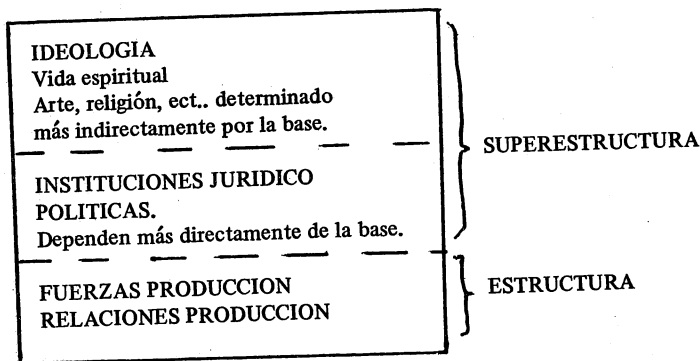
Dos principios constituyen la base del materialismo histórico:

El primer principio proclama el dinamismo del hombre en la historia, cuya actividad se realiza a través de la "Lucha de Clases", determinante de todo acontecimiento histórico, "El hombre es el autor y el actor de su propio drama". Marx.

El segundo principio destaca la importancia determinante de las fuerzas materiales de producción económica en la génesis de los fenómenos sociales e históricos. "Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa por sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida

material, por el conflicto existente entre las fuerzas de producción sociales y las relaciones de producción". Marx.

Tanto las fuerzas de producción (Instrumentos de trabajo y el hombre -es la herramienta más perfecta porque puede crear otras herramientas, Stalin- dotado de una experiencia y una destreza) , como las relaciones de producción surgidas entre los hombres mediante el trabajo, constituyen la estructura económica de la sociedad, o, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponde determinadas formas de conciencia social, entendida esta como un reflejo de la vida material, como producto, función y propiedad de la materia.



La producción se encuentra en constante transformación, si bien, ésta empieza siempre por las fuerzas de producción. Al transformarse los instrumentos se origina un cambio en todas las demás fuerzas de producción, como, así mismo, en las relaciones de producción social. Las nuevas fuerzas y relaciones de producción surgen o se forman en la sociedad caduca. Por lo tanto, la base de las revoluciones sociales es el choque entre las fuerzas de producción nuevas y las relaciones de producción caducas. "La producción social cambia constantemente. Estos cambios de la producción arrancan siempre de los cambios operados en las Fuerzas de producción como su elemento más revolucionario. Y, a su vez, los cambios de las fuerzas productivas arrancan de los operados en los instrumentos de trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas provoca inevitablemente y en consonancia con ello los cambios en cuanto a las relaciones de producción". (Constantinov).

INSTRUMENTOS ——— FUERZAS PRODUCTIVAS ——— RELACIONES DE PRODUCCION

LA LUCHA DE CLASES.— En la sociedad que Marx tiene ante sí, el trabajo no sólo no libera al hombre sino que lo esclaviza. El hombre está excluido de los medios de producción y de los beneficios de la misma, y en consecuencia, se encuentra obligado a vender su trabajo, a enajenarlo en beneficio de las empresas. La sociedad capitalista ha convertido el trabajo en un elemento de servidumbre.

Esta sociedad que ha creado la alineación del trabajador en la producción, culmina cuando alcanza el grado de industrialización en el trabajo y en la producción en masa, y, por tanto, engendra una clase cada vez más amplia de explotados, conscientes de esta

explotación: el proletariado. Esta situación creada, agrava la lucha entre los diferentes tipos y clases sociales (explotados y explotadores), provocando la revolución en un plazo relativamente corto.

Por lo tanto, al ser el capitalismo industrial el último grado de un amplio proceso histórico, que ha hecho pasar sucesivamente a la sociedad humana del esclavismo al feudalismo y, posteriormente, al capitalismo, primero comercial y luego industrial, el mundo, el siglo XIX, ha llegado al mismo tiempo al estadio de la industrialización, al estadio de la revolución, de la abolición de la propiedad privada, como verdadero causante de esta lucha de clases, y en consecuencia, la sociedad del futuro ha de ser la comunista.

“Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado. Y la época contemporánea, muestra de un modo patente que la lucha de clases es el motor de los acontecimientos (históricos). Lenin.

INTERPRETACION MARXISTA DE LA HISTORIA

	PERIODOS HISTORICOS	FUERZAS PRODUCTIVAS	RELACIONES DE PRODUCCION	CLASES SOCIALES
PREHISTORIA	SOCIEDAD (1) PRIMITIVA	Industria de piedra (arco y flecha) PREHISTORIA	Propiedad Comunista	Ninguna
	SOCIEDAD (2) ANTIGUA	Aparición del metal ganado y agricultura NEOLITICO	Propiedad privada de hombres e instrumentos	ESCLAVITUD dueños y esclavos
ANTITESIS	FEUDALISMO (3)	Artesanado Telar y arado EDAD MEDIA	Propiedad privada limitada de hombres e instrumentos	SEÑORES Y SIERVOS
	CAPITALISMO (4)	Maquinismo Siglos XVII y XVIII LIBERALISMO	Prop. privada. Instrumentos (medios producción)	CAPITALISTAS Y PROLETARIOS
HISTORIA SINTESIS	SOCIALISMO (5)	Gran maquinismo COMUNISMO	Propiedad Comunista	NINGUNA

A la vista del cuadro, intentaremos muy resumidamente, analizar cada una de las distintas frases o momentos históricos. Cada una de estas fases supone, con respecto a la anterior, un progreso para el pensamiento marxista.

SOCIEDAD PRIMITIVA.— En este periodo, la base de las relaciones de producción es la propiedad social sobre los medios de producción, que, corresponden en lo fundamental, al carácter de las fuerzas productivas imperantes. Estas fuerzas productivas imponen el trabajo colectivo de los primitivos habitantes, su cooperación y ayuda mutua. No se conoce la propiedad sobre los medios de producción ni existe tal concepto. “En la sociedad primitiva no se conocía la división de los hombres en ricos y pobres, no existían las clases sociales. Reinaba la igualdad natural primitiva” Constantinov. El hombre, “El buen salvaje—Rousseau”, era bueno por naturaleza.

SOCIEDAD ANTIGUA.— En esta nueva fase de la Historia, vemos que de las herramientas de piedra se pasa a las herramientas de metal, y, como consecuencia, al cultivo de las plantas y a la agricultura. Se mejora el sistema de vida debido al perfeccionamiento gradual de los instrumentos de producción y de los modos de obtener los medios de sustento. “El paso de los instrumentos de hierro condujo al acrecentamiento de la productividad del trabajo, a la aparición y el incremento del plus trabajo y el plus producto, como consecuencia de lo cual, surgió la posibilidad económica de la explotación del hombre por el hombre y de la instauración de la esclavitud.” Constantinov.

FEUDALISMO.— Lo mismo que la esclavitud, este régimen surgió por efecto de causas económicas. Surgió como un modo de producción más beneficioso desde el punto de vista económico, mas progresivo que la esclavitud. El feudalismo supone un mejoramiento progresivo de las herramientas metálicas para la elaboración de materiales. “Se pasa a la fragua de fuelle y a la alfarería y, en consonancia con esto, se desarrollan los oficios artesanos, se desglosan estos oficios de la agricultura, se desarrolla la producción independiente de los artesanos y, mas tarde, la manufactura. Stalin.

“La base de las relaciones de producción feudales es la propiedad del señor feudal sobre los medios de producción, principalmente la tierra, y su propiedad parcial sobre el trabajador, sobre el siervo de la gleba”. (Constantinov).

Ahora bien, en el feudalismo, al igual que existía la propiedad privada del señor feudal (hombres e instrumentos), también existía la propiedad individual del campesino y del artesano sobre sus instrumentos de producción, con lo cual, daba mayores libertades para el desarrollo de las fuerzas productivas, siendo esta propiedad individual bastante limitada.

“La aparición de la manufactura junto al taller artesanal representó la fase más alta de desarrollo de las fuerzas productivas, en la época del feudalismo; ello trajo consigo, al mismo tiempo, el nacimiento de las nuevas relaciones de producción, de las relaciones de producción capitalistas.” (Constantinov).

No hemos de olvidar que las nuevas fuerzas productivas y las relaciones de producción nacen en el seno de la sociedad caduca, puesto que el hombre no es libre para elegir las, sino que ya se encuentran dispuestas por las generaciones precedentes. No hay opción a la hora de elegir.

CAPITALISMO.— Como vimos anteriormente, este tipo de sociedad representa el último grado de un proceso histórico. Dentro de él surgirán las condiciones materiales de la sociedad capitalista, la cual, traerá consigo el comunismo.

“El paso de las relaciones feudales de producción a las relaciones de producción capitalista, se llevó a cabo mediante el desarrollo de las fuerzas productivas. Fue el paso de la rueda automática a la máquina de hilar, del telar manual al telar mecánico, del

molino de viento al molino de vapor, el paso de los talleres de los artesanos a la gran producción a base de máquinas, a las grandes fábricas y centros industriales con cientos, miles y decenas de miles de obreros". (Constantinov).

SOCIEDAD COMUNISTA. — El paso del capitalismo al socialismo es posible si antes, en el seno de la sociedad capitalista, no han ido ya madurando espontáneamente las condiciones materiales de la sociedad socialista. Las nuevas relaciones de producción las relaciones de producción socialista, que corresponden a estas nuevas fuerzas productivas, solo pueden surgir como resultado de la victoria de la revolución socialista, bajo las condiciones de la dominación política de la clase obrera-proletaria". (Constantinov). Es decir, el paso de la sociedad capitalista a la sociedad comunista, no se hace directamente, sino a través del llamado socialismo que es el paso inicial o preparatorio para el advenimiento del comunismo.

"Una vez que las nuevas fuerzas productivas están en sazón, las relaciones de producción existentes y sus representantes, las clases dominantes, se convierten en ese obstáculo "insuperable" que sólo puede eliminarse por medio de la actuación consciente de las nuevas clases, por medio de la acción violenta de estas clases, por medio de la revolución". (Stalin). Revolución violenta que culminará con la implantación de la dictadura de una clase, la proletaria, por ser la "única clase verdaderamente revolucionaria". (Lenin).

Dicha fase revolucionaria, llevada a cabo por el partido comunista, es necesaria para acabar con los elementos reaccionarios burgueses, que se oponen al nuevo paso, al advenimiento del comunismo. Estas fases históricas, por las cuales la sociedad ha pasado sucesivamente de la sociedad primitiva al socialismo, a través de las sociedades antagónicas (originadas por la lucha de clases como su fuerza motriz—sociedad antigua, feudalismo y capitalismo—, son determinantes. Tienen que producirse inevitablemente para el advenimiento del comunismo.

Si la llegada del comunismo es inminente, siguiendo estas leyes históricas que son determinantes, ¿para qué sirve la revolución? para Marx "es la comadrona del progreso", puesto que ayuda al nacimiento del verdadero y auténtico progreso: el comunismo.

Una vez instaurada la clase proletaria en el poder, fase primera del comunismo, comienza la auténtica actividad revolucionaria preparatoria del comunismo.

En esta fase o periodo revolucionario subsisten ciertas formas de capitalismo, como las diferencias de riqueza, diferencias injustas; pero quedará descartada ya la explotación del hombre, puesto que no será posible apoderarse, a título de propiedad privada, de los individuos sobre los medios de producción. El socialismo los convierte en propiedad común desapareciendo el "derecho burgués".

Llegada a una determinada fase de desarrollo de la sociedad, las clases tendrán que desaparecer y uno de los mayores obstáculos que habrá que eliminar será el Estado ("Comite Ejecutivo de la burguesía o violencia organizada" Engels), pues mientras existe el Estado no existe libertad. Cuando haya libertad, no habrá estado; "el gobierno de las personas es sustituido por la administración de las cosas" Engels, por lo tanto, el Estado se extinguirá cuando la sociedad establezca la regla "de cada cual, según su capacidad; a cada cual según sus necesidades" Marx. Necesidades que serán las reguladoras de la producción y que dará la posibilidad de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas, es decir, una producción de abundancia plena donde no habrá bienes para todos los miembros de la sociedad. En consecuencia, una de las características de la sociedad comunista, será el gran maquinismo.

"Después de realizada la igualdad de todos los miembros de la sociedad (al desaparecer los antagonismos de clases) con respecto a la posesión de los medios de producción, es decir, la igualdad de trabajo y de salario (pues todos son miembros de la propiedad colectiva), surtirá de manera inevitable, la cuestión de pasar de la igualdad formal a la igualdad de hecho, es decir a la aplicación de la regla. de cada cual, según su capacidad.

a cada cual, según sus necesidades”.

Al desaparecer las clases se volverá al estado primitivo de bondad y esto motivará el nacimiento de una nueva moral (altruismo, fraternidad, benevolencia, etc.) de un sentimiento comunitario. “El comunismo exige nobleza” (Lenin), y “el libre desarrollo de cada uno condicionará el libre desarrollo de los demás” (Marx), desapareciendo las fronteras entre el trabajo manual y el intelectual, entre la ciudad y el campo.

Las nuevas técnicas aligerarán al máximo el esfuerzo de los trabajadores, con lo cual, el trabajo se convertirá en un placer, se reducirán las horas de producción y, consecuentemente, el hombre tendrá más tiempo libre. “Se llegará al pleno desarrollo de las capacidades intelectuales y físicas del hombre” (Marx).

La ciencia experimentará un gran avance que logrará vencer el sufrimiento y aumentará la existencia, llegándose al completo dominio de la naturaleza. “El progreso de la ciencia obliga a la enfermedad a retroceder y prolonga la existencia” (Lenin).

Como fin último se llegará a la paz universal, que será organizada por el trabajo.

“El siglo del capitalismo ha pasado ya. Este régimen se ve hoy desgarrado por las contradicciones internas y es fuente de guerras asoladoras, de crisis, paro forzoso, miseria y opresión de las masas populares. El socialismo y el comunismo, por el contrario, son la paz, el bienestar y la felicidad para la humanidad entera. El porvenir pertenece al comunismo” (Constantinov).

CONCLUSIONES.— Acabada la exposición más o menos clara, de la ideología marxista, es necesario definir nuestra postura. Ni mucho menos vamos a intentar demostrar si la teoría de la plusvalía, la lucha de clases, o, determinada fase del desarrollo histórico marxista es cierta o falsa; eso lo dejo para las “minorías reaccionarias dirigidas y para las mayorías borreguiles dirigidas”, que no ven más allá de sus narices y que, con vegetar, tienen ya suficiente. Para nosotros, nacional-revolucionarios, la postura que hemos de adoptar frente al marxismo es de total rechazo, tanto en sus formas como en su fondo, pues su concepción “totalitaria” del mundo está en completa oposición y lucha eterna a la nuestra; es una postura vital, porque:

1.— El marxismo destruye todos los valores de orden suprarrazional y sobrehumano que entroncan en una realidad superior: Dios, origen y motor de todo el orden cósmico. Valores que están por encima de la materia, de los intereses económicos y de cualquier circunstancia histórica.

2.— Nuestra revolución no intenta destruir ninguna clase determinada, o, aspira a un cambio de índole estructural. Nuestra revolución intenta reconstruir el patrimonio espiritual y sagrado de la RAZA. Esta es la verdadera historia de la Humanidad.

3.— Frente al colectivismo e igualitarismo marxista (que anula los valores de la persona), afirmamos a la persona (entidad de alma y cuerpo) animada por valores espirituales, diferenciada mediante la cualidad e integrada en un sistema orgánico: el Estado.

4.— Frente al Estado marxista (dictadura de un determinada clase que intenta aplastar la realidad social de la comunidad nacional), afirmamos la idea del estado como ente espiritual, jerárquicamente organizado, que organiza la comunidad nacional hacia un destino de proyección universal. El destino de la raza.

5.— Porque creemos en Dios, y en nuestra Tradición, porque somos idealistas y racistas, por todo esto, no creemos en el marxismo-leninismo ateo y judío.

“Familia, estirpe, estado, religión, la prescripción moral y la prescripción espiritual. Todo conduce a un orden cósmico y en este orden, el hombre vive como miembro de una estirpe que se perpetúa a través de las generaciones. En el

interior del gran orden cósmico está el sagrado orden de las generaciones encargadas de la sangre, de la herencia biológica, en el seno de noble estirpe” (Hans F. K. Günther).

Marxismo

“El modo de producción de la vida material condiciona el proceso social, político y espiritual de la vida en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. La forma de vivir determina la forma de pensar”.

LENIN

Versus

“Karl Marx fue sencillamente, y en realidad, el único individuo entre millones que en el barrizal de un mundo corrompido descubrió, con el ojo seguro de un profeta, la ponzoña básica, extractándola como por arte de magia en una solución concentrada, a fin de acelerar la destrucción de nuestra civilización. Y todo ello para servir a su propia raza”.

ADOLF HITLER

Nacional Socialismo

La Costumbre contra la TRADICION

RENE GUENON

Hemos denunciado en diversas coasiones la extraña confusión que los modernos cometen, casi constantemente, entre tradición y costumbre; en efecto, nuestros contemporáneos dan gratuitamente el nombre de "Tradición" a toda clase de cosas que no son en realidad más que simples costumbres, a menudo de hecho completamente insignificantes, y muchas veces de invención recientísima: así, basta con que cualquiera instituya una fiesta profana, para que la misma, a los pocos años, sea calificada de "tradicional". Este error de lenguaje se debe evidentemente a la ignorancia por parte de los modernos respecto de todo lo que es tradición en el verdadero sentido de esta palabra; pero se puede también discernir en ello una manifestación de ese espíritu de "imitación" del cual ya hemos señalado otros muchos casos: allí donde no hay tradición se busca consciente o inconscientemente para sustituirla una especie de parodia con el fin de llenar, por así decir, desde el punto de vista de las apariencias exteriores, el vacío dejado por su ausencia; tampoco es suficiente con decir que la costumbre es totalmente diferente de la tradición, porque lo cierto es que ella es claramente opuesta, y que en más de una forma sirvió para la difusión y mantenimiento del espíritu antitradicional.

Lo que hay que comprender bien antes de nada es lo siguiente: Todo lo que es de orden tradicional implica esencialmente un elemento "supra-humano"; la costumbre, por el contrario, es algo puramente humano, bien por degeneración bien desde su mismo origen. En efecto, es preciso distinguir en este punto dos casos: en el primero, se trata de cosas que pudieran tener antiguamente un sentido profundo, muchas veces incluso un carácter propiamente ritual, pero que lo ha perdido totalmente por el hecho de que han dejado de estar integradas a un conjunto tradicional, de manera que ya no son más qué "letra muerta" y "superstición" en el sentido etimológico; sin comprender nadie la razón, sin por otra parte, por lo mismo, particularmente aptas para deformarse y mezclarse con elementos extraños, que no provienen más que de la fantasía individual o colectiva. Este caso es, con mucha frecuencia, el de las costumbres a las que es imposible asignar un origen definido; lo menos que se puede decir es que prueba la pérdida del espíritu tradicional, y en esto ello puede parecer más grave como síntoma que por los inconvenientes que presenta en sí mismo. Sin embargo, existe un doble peligro: por una parte, los hombres llegan así a cumplir las acciones por simple habitualidad, es decir, de forma maquinal y sin razón verdadera, resultando como más peligroso de esta actitud "pasiva" que les predispone a recibir toda clase de "sugestiones" sin reaccionar; por otra parte, los enemigos de la tradición, al asimilar esta a aquellas acciones maquinales, no dejan de aprovecharlas para ridiculizarlas de manera que esta confusión, que entre algunos no es siempre involuntaria, se utiliza para obstaculizar toda posibilidad de restauración del espíritu tradicional.

El segundo caso es en el que se puede hablar propiamente de "imitación": las costumbres de las que acabamos de hablar son todavía, a pesar de todo, vestigios de algo que tuvo originalmente carácter tradicional, y, así, pueden parecer todavía no demasiado profanas; se atacará después, posteriormente, en reemplazarlas en lo posible por otras costumbres, éstas totalmente inventadas, que serán aceptadas más fácilmente en tanto en cuanto los hombres se han habituado a hacer cosas desprovistas de sentido; es entonces cuando interviene la "sugestión" a la que hicimos alusión anteriormente. Cuando un pueblo ha sido apartado del cumplimiento de los ritos tradicionales, es todavía posible que sienta lo que le falta y que experimente la necesidad de volver a ellos; para impedirlo se le dará falsos "pseudo-ritos", e incluso se les impondrá si es necesario; y esta simulación de los ritos va a veces tan lejos que es fácil reconocer la intención formal y apenas disfrazada

de establecer una especie de "contra-tradición". Hay también, en el mismo orden, otras cosas que, aun pareciendo inofensivas, están en realidad muy lejos de serlo enteramente: queremos hablar de costumbres que afectan la vida de cada individuo en particular mejor que las del conjunto de la colectividad; su papel consiste también en ahogar toda actividad ritual o tradicional, sustituyendo la preocupación, no sería exagerado decir mismamente obsesión, por una cantidad de cosas perfectamente insignificantes, de hecho absurdas, cuya pequeñez misma contribuye poderosamente a la ruina de toda intelectualidad.

Este carácter disolvente de la costumbre puede ser sobre todo constatado directamente hoy día en los países orientales, pues por lo que se refiere a Occidente, hace ya mucho tiempo que ha rebasado el estadio donde era simplemente concebible todavía que todas las acciones humanas podían revestir un carácter tradicional; pero, allí donde la noción de "vida ordinaria", entendida en el sentido profano que hemos explicado en otra ocasión, no se ha generalizado todavía, se puede entender en cualquier caso de hecho concreto la forma como una nación toma cuerpo y el papel que juega la sustitución de la costumbre por la tradición. Está claro que esta es una mentalidad que, por lo menos actualmente, aún no pertenece a la mayor parte de los orientales, sino solamente a aquellos a los que se les puede llamar "modernizados" u "occidentalizados", las dos palabras no expresan en el fondo más que una misma cosa: el que alguien obra de una forma que no se puede justificar más que diciendo que "es la costumbre", en cuyo caso puede uno estar seguro de que se trata de un individuo desarraigado de su tradición e incapaz de comprenderla; no solamente no cumple los ritos esenciales, sino que, si ha conservado algunas "observancias" secundarias, es únicamente "por costumbre" y por razones puramente humanas, entre las cuales la preocupación por la "opinión" tiene amenudo un puesto preponderante. Y sobre todo no deja de observar escrupulosamente una multitud de estas costumbres inventadas de las que hablabamos ultimamente, costumbres que no se distinguen en nada de las tonterías que constituyen el vulgar "saber-vivir" de los occidentales modernos, y que con frecuencia no son más que pura y simple imitación.

Lo que quizás sea más llamativo entre todas estas costumbres profanas, tanto en Occidente como en Oriente, es este carácter de increíble "pequeñez" que ya hemos mencionado: parece que no ambicionan otra cosa que llamar la atención, no solamente sobre los hechos plenamente exteriores, hechos vacíos de toda significación, sino también sobre los detalles de estas cosas, en lo que hay de mas vanal y mezquino, método este que es evidentemente el mejor camino para conducir a los que se someten a él a una verdadera atrofia intelectual, la que se llama en Occidente neutralidad "mundana" y que es el ejemplo mas destacado de esta mentalidad. Las personas entre las que se dan estas "preocupaciones" son amenudo manifiestamente incapaces de concebir realidad alguna de orden profundo. Y está esta claro que para los que se encuentran entre los encerrados en el círculo de la "vida ordinaria", que no está hecho más que de un espeso tejido de apariencias externas, el mundo, podríamos decir, ha perdido toda "transparencia", pues no ven nada que sea un signo o una expresión de verdades superiores. E incluso si se les hablara de este sentido interior de las cosas no solamente no lo entenderían, sino que pronto empezarían a preocuparse por el "que diran" de los demás si ellos llegaran a admitir tal punto de vista. ¡Y peor aún si deben conformar su existencia a este punto de vista!

Es en efecto el temor a la "opinión" la que principalmente permite a las costumbres imponerse como lo hace y tomar el carácter de verdadera obsesión. El hombre no sabe actuar sin tener un sentido, legítimo o ilegítimo, y cuando, como en el presente momento, no puede existir ningún motivo realmente verdadero, puesto que se trata de acciones sin ninguna significación, encuentra la motivación contingente en algo tan totalmente desprovisto de sentido como la "costumbre". Se podría objetar que para que esto sea posible es necesario que haya una opinión ya formada respecto a la costumbre en cuestión; pero, de hecho, es suficiente que estas costumbres se hayan establecido en un medio muy restringido y que lo hayan sido bajo la forma de

una simple "moda", para que este factor pueda entrar en juego. La opinión de algunos acabara por convertirse en lo que se llama "opinión pública". Se podrá decir que el respeto a la costumbre en si no es nada más, en el fondo, que el respeto a la tontería humana, pues es ella la que en parecidos casos se expresa en la opinión pública.

Por otra parte, "hacer como todo el mundo", siguiendo la expresión comunmente empleada a este respecto, y que para algunos tiene sentido suficiente para orientar todas sus acciones, es necesariamente asimilarse con el vulgo y aplicarse a no distinguirse de él en nada. Sería seguramente difícil imaginar algo más bajo y contrario a la actitud tradicional, según la cual cada uno debe esforzarse siempre en elevarse según las medidas de sus posibilidades, en lugar de rebajarse hasta esa especie que meramente observa las costumbres más ineptas y padece del miedo pueril a ser juzgado desfavorablemente por tontos e ignorantes.

En los países de tradición árabe dice que en los tiempos más remotos los hombres no se distinguían entre ellos más que por el conocimiento; luego se tuvo en cuenta el nacimiento y el parentesco; más tarde aun la riqueza vino a ser considerada un distintivo de superioridad; por fin en los últimos tiempos no se juzga a los hombres más que por las apariencias externas. Es fácil darse cuenta que se trata de una descripción exacta de la predominancia sucesiva, en orden descendente, de puntos de vista que son respectivamente las de los cuatro castas o, si se prefiere, de las divisiones naturales a las que estas corresponden. Por lo tanto, la costumbre pertenece incuestionablemente al dominio de las apariencias puramente exteriores, detrás de las cuales ya no hay nada; observar la costumbre para tomar en cuenta una opinión que no se estima más que por tales apariencias, es propiamente el hecho de un "shūdra".

RENE GUENON



El Solsticio

VON OVEN

Dos veces al año, el camino recorrido por el Sol —Tal como se lo observa desde la tierra— llega a un punto de viraje, cuando arriba a su punto más alto o más bajo: el 21 de Diciembre y el 21 de Junio; al comienzo del verano y del invierno.

Durante esos días se celebra la fiesta del solsticio. Esta fiesta tuvo —antiguamente más aún que hoy— un gran significado entre nuestros antepasados del norte de Europa. Especialmente el solsticio de Diciembre, fue, y es todavía, festejado, en su variante de fiesta navideña. En el hemisferio boreal, el Sol arriba a su punto más bajo el 21 de Diciembre. Las noches se prolongan al máximo. En las cercanías del círculo polar se hacen tan largas que, hasta durante el día el Sol se eleva solo un poco por encima del horizonte. Es entonces cuando los hombres más añoran la vida y la fertilidad que brinda Ja.Luz. La victoria de la Luz sobre las Tinieblas, simbolizadas en la lucha de Baldur —el dios de la Luz germano— contra el de las Tinieblas —Loki— fue festejada por nuestros antepasados germanos con tradiciones que se han mantenido hasta el día de hoy y que la nueva doctrina del cristianismo adoptó en su fiesta de Navidad. Las luces del árbol de navidad, no son sino los fuegos del solsticio que nuestros antepasados encendían a Baldur, el Dios de la Luz.

Por eso, el solsticio de invierno —conservado en todo el ámbito cristiano como fiesta de Navidda— adquiere un especial significado también entre nosotros, en el hemisferio austral, en donde las noches se hacen ahora más breves en lugar de hacerse más largas. El culto solar fue traído a este continente y a este hemisferio por nuestros antepasados —los Vikingos— cuando atravesando el Océano con sus Drakars en el Siglo IX (500 años antes de Colón) y fundaron distintas culturas superiores cuyos restos han perdurado hasta la actualidad. Nuestro camarada, el profesor Mahieu, ha rastreado estas huellas y las ha descrito en sus obras que tratan de Dios-Sol. Publicadas en Europa, en francés y en alemán, serán publicadas también en breve en Argentina. Será él quien nos informará, en su alocución de hoy al lado del fuego, sobre aquellos restos y sobre la íntima conexión existente entre la cultura germánica de Europa y la autóctona de nuestro continente. Que el mismo símbolo —la Swastika— se encuentre por igual entre las culturas precolombinas de América, en Europa y en Asia, no es ninguna casualidad. La Swastika es el símbolo de la rueda solar giratoria. Constituye la figura central de la celebración.

A partir de hoy los días se harán más cortos. Nos despedimos del Sol que ahora hace madurar nuestras cosechas. El invierno nos aguarda. Pero sabemos que esta despedida es sólo temporal; que la derrota de las fuerzas de la Luz frente a las de las tinieblas es sólo aparente. Lo oscuro, lo malo, puede quizás —como en la última Guerra Mundial— conquistar una aparente victoria sobre lo claro, sobre lo bueno. Pero jamás podrá destruirlo. "Retornaré" dice el Sol cuando —como este día hace— se despide de nosotros. También nosotros lo decimos. Estamos tan seguros de nuestra causa como lo estuvimos siempre y lo estuvieron nuestros antepasados hace 1.000 años, cuando trajeron el símbolo inmortal a nuestro continente. Ese es el motivo y el sentido de este momento de fiesta.

de Invierno



"Reconocemos el principio de la decadencia de la humanidad histórica. Y la necesidad de una regeneración. Creemos en la posibilidad de esta regeneración y nos dedicamos a su promoción en todos los sentidos."

"Religión y Arte" Richard WAGNER

2
W. Wagner



EDICIONES BAU

Ap. Correos 14.010

BARCELONA

- * MEMORIAS DE UN FASCISTA — León Degrelle. 250 ptas
- * HACIA UN SOCIALISMO EUROPEO — Jorge Mota. 100 ptas
- * HISTORIA DEL ESTADO DE ISRAEL — Perez-Albiac. 75 ptas
- * JUDAISMO AL DESCUBIERTO — J.A. Eisenmenger. 50 ptas
- * LA FINANZA Y EL PODER — J. Bochaca. 70 ptas
- * GUARDIA DE HIERRO — C. Codreanu. 300 ptas

ARTESANIA CASTRENSE

- Busto de Hitler en aleacion de bronce, con base en marmol. 1000 ptas



